

# La Ilustración Artística

Año XIX

BARCELONA 19 DE NOVIEMBRE DE 1900

Núm. 986

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA SIERRA, dibujo de Enrique Estevan

## ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de una interesante novela del conocido escritor D. Florencio Moreno Godino, titulada **EL ÚLTIMO CABALLERO**, con ilustraciones de Cutanda.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea. Excursión retrospectiva*, por Emilia Pardo Bazán. — *Agustín Querol y sus últimas obras*, por Luis Pardo. — *La promesa*, por A. Sánchez Ramón. — *La Coruña. La torre de Hércules. Instituto Da Guarda. Cuartel de Alfonso XII*, por G. — *Crónica parisiense. Decadencia de Montmartre*, por Juan B. Enseñat. — *Descubrimiento de una biblioteca babilónica*, por X. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Los dos pilletes*, novela ilustrada (conclusión). — *Productos industriales que se extraen de la madera*, por S. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** — *En la sierra*, dibujo de Enrique Estevan. — *El escultor Agustín Querol en su estudio. — Monumento á Federico Soler (Pitarra). — Las Leyes*, grupo colosal que ha de coronar el frontispicio del Palacio de Justicia de Barcelona. — *Monumento erigido en Madrid á D. Claudio Moyano. — Relieves del pedestal de la estatua*, obras de Agustín Querol. — *La Coruña. Cuartel de Alfonso XII. — Torre de Hércules. — Instituto Da Guarda. — Un poeta, un artista y una taberna en Montmartre*, tres dibujos de Gosé. — *Santa Cecilia*, cuadro de F. Keller. — *Un baile al aire libre en una aldea de los Pirineos españoles*, cuadro de P. Ribera. — *De mi tierra*, cuadro de Luis Beut. — *Astucia y fuerza*, escultura de A. Alsina.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## EXCURSIÓN RETROSPECTIVA

Aunque yo no he hablado aquí de nada que con la Exposición se relacione, como una página suelta y aparte, con aspecto puramente histórico, he inscrito en mi cartera algunas apuntaciones referentes á la historia de mi sexo, narrada en páginas de bulto en el palacio llamado del Traje.

Puedo decir de estos apuntes lo que Espronceda del *Canto á Teresa*: son un desahogo de mi imaginación: sáltelos el que así lo desee.

\* \*

Para construir este palacio, cuya idea inició el modisto Félix, se formó una sociedad por acciones con capital de dos millones de francos. No sé si habrá cubierto gastos esta suma; y de hecho, los fragmentos de telas antiguas, expuestos en el palacio y encerrados en veinticinco vitrinas, valen hartos más; pero pertenecen á un aficionado que los facilita á la Sociedad. Un retal de tela antigua, auténtica y única, no tiene precio. Las telas antiguas del Palacio del Traje es lo que menos mira el público, y lo que más debe admirar el inteligente.

Sorprenden los conocimientos que supone una reconstrucción así. Los peluqueros, bordadores, pasamaneros, encajeros, adornistas, plumistas, sastres, mueblistas, tapiceros, sombrereros, tejedores, joyeros, cuya labor reunida constituye la exposición del traje, tienen que atesorar noticias en ramos muy importantes para no cometer anacronismos y poder resucitar con viveza y verosimilitud los tiempos pasados. Respecto á los que modelaron las figuras de cera, no sería justo regatearles el dictado de artistas.

\* \*

Ya he dicho que, al lado del cuadro plástico completo que representa un momento de la historia de la indumentaria, encontramos los tejidos y objetos correspondientes. Son telas extrañas de lino, lana, seda y brocado. Son camisas, zapatos, gorras, cinturones, broches, extraídos de los sepulcros, en necrópolis registradas ahora por primera vez, y documentan el cuadro, atestiguando la fidelidad escrupulosa de la reconstrucción.

Nada de telones ni de dioramas: todo de realce y bulto, aspirando á producir ilusión perfecta. No falta más que la vida.

Son los cuadros representación de una costumbre, ceremonia ó hecho histórico que puede dar idea del espíritu dominante en una edad. El primer cuadro nos muestra los patricios romanos en la colonia de Arsinoe, en Egipto, viendo cómo un *psilo* ó encantador de serpientes hace bailar á una culebra. Los trajes, latinos, pero con ribetes asiáticos. En el segundo aparece un atrio de Roma, en la época de Trajano, y ropa y arquitectura son del más puro clasicismo. El magnífico atrio es el patio que aún hoy se conserva en ciertas comarcas españolas: tiene su

fuente y su piscina, y la escena representa el momento en que los histriones, llamados para entretener una tarde de ocio, declaman ante tres elegantes patricias algún fragmento de tragedia, con acompañamiento de flauta doble. Las damas del atrio son ya *mujeres*, en el sentido de que conocen y practican los refinamientos del tocador, del baño, del traje: nadie ignora cómo se lavaban, perfumaban, rizaban, teñían, pintaban, adornaban y engalanaban las contemporáneas de Augusto. Contraste: el cuadro tercero muestra á las mujeres galas en la época de la invasión romana. Las antepasadas de la parisiense están medio desnudas, desgreñadas, descalzas de pie y pierna, hechas una lástima; refugiadas en grosero barracón que más parece cueva, prestan oído, con terror, á los ruidos que revelan la aproximación de los soldados de César y que las anuncian el cautiverio ó la muerte. Considero un rasgo de coquetería francesa el cuadro de esta barraca. Parece que dice: «¡Cuánto va de ayer á hoy! Mirad los orígenes de esta Francia actual, flor de refinamiento en las artes de la mujer.»

\* \*

El más lujoso de los cuadros plásticos es el cuarto, titulado *Homenaje á la emperatriz Teodora*. La cámara del trono, la figura de la Augusta, las vestiduras de los magnates y prelados que suben la escalinata de rodillas para prosternarse y besar los imperiales pies, son ascuas de oro y ríos de pedrerías, y cataratas de esmalte, filigranas y gemas. El quinto reconstruye las *Termas de Juliano*, cuyas ruinas se conservan en París. En el siguiente alborea la Edad Media; corre el siglo VII; quedan atrás Roma y Bizancio, y los bárbaros galos empiezan á tomarse el desquite, por más que todavía, en el ropaje de Santa Clotilde, personaje principal de la escena, se advierten reminiscencias romanas. La santa, con túnica bordada, manto de cenefa y monjil, bajo un pórtico románico parecido á muchos que aún se ven en iglesias españolas, distribuye limosna á los mendigos. De esta edificante escena saltamos al siglo XII, en pleno período feudal, asistiendo á una velada en un castillo; vemos al castellano calentarse á la llama del mediano monte de leña que arde en la vasta chimenea; á la castellana, con su corona de baronía y su amplio manto, agasajando á su niño, y semejante á las efigies románicas de Nuestra Señora, que acaso no eran sino copias de la realidad. Las sirvientes preparan la mesa; los mesnaderos guardan la entrada, lanza en puño; bárbaras pinturas decoran las paredes. Pasamos al siglo XIII, y sorprende lo que en cien años, con las Cruzadas, la poesía de los trovadores, el movimiento franciscano, los viajes á Oriente, la teología y la escolástica, la nueva arquitectura, ha cambiado y se ha afinado el aspecto de la vida y el traje como signo. De la ruda vivienda feudal del siglo XII á ese primoroso relicario flordelisado y calado, de elegancia suprema, en que se agrupan Blanca de Castilla, San Luis y Margarita de Provenza, hay un mundo: hay todo un florecimiento artístico, intelectual y político, la plenitud y la expansión de una civilización completa en su género.

\* \*

Al llegar al siglo XV, un curioso cuadro, *Les Hennins*, nos enseña cómo nació el sombrero. Esos curuchos y esos cuernos de terciopelo, raso, brocado de oro y perlas, que sujetan un ligero velillo flotante, son los padres del tocado femenino actual, uno de los triunfos de Francia. La expresión misteriosa de candor y austeridad de las figuras de mujer en las tablas y tapices del siglo XV, proviene de la moda del *hennin*, que, obligando á rasurar ó epilar la frente y las sienas, prolongaba la parte superior de la fisonomía, y comunicaba al rostro un misticismo semejante al que da la tonsura monástica. Esas frentes inmensas y puras de los cuadros y tallas del siglo XV son artificiales. ¡Qué desencanto!

\* \*

Desde los *hennins*, la corona heráldica, colocada sobre el pelo resguardado por la redcilla de perlas, desaparece, y el sombrero se anuncia, haciendo su aparición primera en el siglo XVI. La transformación del *hennin* en sombrero se ve en el cuadro que representa á dos patricias venecianas que, magníficamente ataviadas, dignas del pincel de Veroneso, salen de su palacio y se disponen á saltar en la góndola, y en el siguiente, *Entrevista del campamento del Brocado de oro*, donde las damas que engalanadas con espléndidos atavíos se asoman á la ventana de

la tienda real, ostentan ya sombreros de plumas que, sin variación alguna, servirían á una gomosa de hoy.

Deteniéndose en este siglo tan pintoresco y suntoso, los cuadros nos hacen ver á Catalina de Médicis en el laboratorio de Rugiero; asistimos á una procesión bajo Enrique III, y vemos á Enrique IV recibiendo con transporte una flor que desde su balcón le arroja Gabriela de Estrees, vestida como un retrato de Moro. El recuerdo de Rubens y el siglo XVII lo evoca la imponente figura de María de Médicis, toda de terciopelo flordelisado de oro, guarnecidos y forrados de armiño la falda y el manto, con el inmenso cuello alto á que ha dado nombre, y esas enormes perlas cuyo reflejo nacarado se comunica á la tez. A mediados del XVII, el traje de la mujer, y también el del hombre, tiene un momento encantador que debiera eternizarse; un momento estético, acaso nunca igualado: el estilo Luis XIII. Y digo Luis XIII, porque en España, por ejemplo, el traje á mediados de ese siglo es lúgubre ó enfático; la melancolía y la falsa hinchazón de nuestra decadencia se reflejan en él. La Francia, al contrario: ¡qué sencillez tan ideal y qué distinción tan aristocrática en la moda masculina y femenina de ese cuadro, *Marion Delorme en 1640!* El cabello airoosamente dispuesto encuadrando la cara, el ancho cuello de encaje, la artística manga, la faldamenta ni hueca ni angosta, en la mujer, hacían un conjunto señorial, decoroso, gracioso, y acaso por el traje Marion Delorme no parezca la hétera que fué, sino la más cumplida dama.

\* \*

Pronto se echa á perder la moda: se infla el ropaje, se yergue como almenado torreón el tocado y se desvanecen los contornos entre caudalosos pliegues de tela. Esta evolución fatal nos la presenta el cuadro de *Las hijas de Luis XIV sorprendidas por el Gran Delfín fumando en pipa*, y el retrato plástico de María Leckzinska, en traje de corte. De tan funesta dirección salieron las enormes pelucas, las faldas de tontillo y las caderas de mimbre y alambres llamadas *paniers*.

Al llegar al estilo Luis XV no se debe describir: todo el mundo se lo sabe de memoria. Es una época revivida y más conocida hoy que, por ejemplo, la de 1840. Así es que no se le ha consagrado en el Palacio del Traje sino un cuadro, *Las visitas*. Dos recuerdan la época de María Antonieta: un paseo en bote por el lago de Trianon, escena mágica de tapiz de Goya, y un palco de la Opera. El titulado *Los dos besos* pertenece ya á la Revolución, y es imposible idear nada más lindo que la figura de mujer en ese cuadro. Después, el taller de modista de sombreros bajo el Directorio; la prueba del manto nupcial á Josefina, á la cual asiste preocupado y grave el vencedor de Europa; la divertida escenita del *Novio*, en 1820, y el bautizo en la época romántica: otros tantos primores.

\* \*

Las modas del segundo Imperio, últimas históricas, son incoherentes y desairadas, sin modestia.

Sólo me gusta el peinado, largo y deshecho en abundantes rizos ó prolongado en zorongos. Pero los volantes en pabellón y escalera, el miriñaque, el polisón, las bertas, las sosas mangas, incómodas y fuera de su sitio, las colas infinitas, no tienen pizca de garbo. Faltaba á este segundo Imperio un ideal, siquiera fuese el secatón ideal greco-romano del primero; faltábale un estilo: nuestra compatriota Eugenia de Guzmán no supo imprimírselo, á pesar de la natural distinción de su figura de cisne.

\* \*

Enumerando rápidamente los cuadros, no me queda tiempo para decir nada de los peinados de las sesenta muñecas de peluquero que empiezan en Enrique II y acaban en 1900, y están lo que se dice bordadas en pelo, una serie de maravillas del arte capilar... Ni de los accesorios, abanicos, pieles, ramilletes, pomos de esencia, cuya historia puede estudiarse en las galerías y tiendecillas de los rincones del palacio. Mi pensamiento está fijo en aquellas hembras galas trémulas y haraposas, y al ver los trajes de actualidad, los abrigos regios, los *deshabillés* incitadores, las bordadas y vaporosas túnicas de baile, me dije á mí misma:

— En estos diecinueve siglos ha sido creada la mujer.

EMILIA PARDO BAZÁN.

# AGUSTIN QUEROL

Y SUS ÚLTIMAS OBRAS



El monumento á Moyano, recientemente inaugurado en Madrid, y el grupo de las Leyes, que ha de ir sobre el frontispicio del Palacio de Justicia de Barcelona, son las últimas obras ejecutadas por el insigne escultor D. Agustín Querol, ambas de extremada belleza y cuyo mérito indiscutible acrecentará de seguro la justa fama del artista. Son modelo de sobriedad en el dibujo y factura;

Moisés elevando al cielo su divina diestra y sosteniendo con su otra mano la ley fundamental abierta sobre su pecho, parece inspirar la ley regional ó fueros de Cataluña, y la ley unitaria del Estado español, ambas personificadas en dos matronas sedentes que á sus pies ofrecen la más gallarda composición artística. Aquélla lleva como símbolo el yugo ornado de guirnaldas de flores, y ésta los atributos de Astrea. El conjunto de estas tres figuras, á pesar del obligado convencionalismo de toda obra simbólica, es admirable, atrevidamente justo de línea. Cuanto al modelado, basta decir que es una obra de Querol, de cuyas manos parecen salir con vida real y perdurable los personajes más abstractos, pues en su escultura todo palpita y todo se engrandece.

Actualmente está trabajando Querol en el monumento que ha de erigirse en Barcelona á la memoria del ilustre dramaturgo catalán don Federico Soler, más conocido por el seudónimo de *Serafi Pitarra*. El monumento, como puede verse por el boceto que reproducimos, presenta un conjunto tan sencillo como elegante, sobresaliendo en él la estatua sedente del fecundo é inspirado poeta que corona un esbelto pedestal de forma circular, en el que entre figuras alegóricas se destaca el escudo de la capital catalana, sobre el cual se lee el nombre de Federico Soler.

Querol, como jurado de Escultura en la actual Exposición de París, ha dado gallarda prueba de su alteza de miras y elevación de pensamiento. Haciendo caso omiso de su mérito personal, realizó una labor grandiosa, merced á la cual, España, á pesar de sus épicas desventuras, se ha hecho sentir más allá de sus fronteras.

La escultura española ha triunfado en el gran concurso del siglo, contribuyendo á la eterna verdad de que las entidades sociales y políticas desaparecen con frecuencia, sin que haya fuerza que pueda conservar ni siquiera su fisonomía, al par que las artísticas no desaparecen jamás; han vivido y vivirán siempre á través de los siglos y son las que en la confusión de los tiempos señalan el camino recorrido por la Historia.

LUIS PARDO.



EL ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL EN SU ESTUDIO

de línea esbelta y justo modelado, recuerdan la buena época de la escultura florentina.

La primera de estas obras, que el magisterio español dedica al merítisimo autor de la Ley de Instrucción pública, es por demás sencilla, pues sujeta á los modestísimos resultados de una suscripción entre *maestros de escuela*, sólo en ella pueden alabarse las facultades de un artista de gran talento que lucha con la pobreza de los medios materiales para realizar una obra profundamente sentida. Así pues, tenemos entendido que Querol ha desempeñado en ella el papel del Sastre del Campillo.

Por eso hay que agradecer doblemente su esfuerzo y su amor al arte por el arte.

Se compone de elegante pedestal de ornamentación plateresca ó de *renacimiento moderno*, cuadrado y elegante, rematando en una especie de capitel del mejor gusto, é irguiéndose sobre una basa hermosa que descansa sobre plinto escalonado. En los cuatro lados de aquélla van adosados otros tantos relieves en bronce, representando el del frente un tarjetón artístico sostenido por la figura de la Fama y en el que se lee la dedicatoria; en el de atrás se ve á Moyano en la tribuna del Congreso leyendo ante la cámara los proyectos que tanto nombre le dieron, y á los otros dos lados alegorías del genio de la Enseñanza bajando al recinto de las escuelas, y la del acto de firmar la reina Doña Isabel II aquellas leyes que tanto beneficio llevaron á la España intelectual.

Sobre este pedestal se levanta majestuosamente la gallarda figura del *último moderado*, en actitud de leer al pueblo sus leyes protectoras; y cierra el monumento una elegante verja primorosamente dibujada. Todo ello es obra de Querol, arquitectura, dibujo y modelado, y así resulta un conjunto armónico y grandioso, dentro de su forzada sencillez.

Cuanto al grupo de las Leyes, hay que advertir que siendo como es una obra decorativa, pues es de colosal proporción y ha de formar parte de un conjunto completamente heterogéneo, la línea es soberana, y á este objeto principal van sujetas las demás condiciones, siempre excelentes y superiores, de la obra.



MONUMENTO Á FEDERICO SOLER (PITARRA)  
que se ha de erigir en Barcelona, obra de Agustín Querol

## LA PROMESA

## I

Reinaba en el muelle extraordinaria animación. Por la escalerilla del antepuerto bajaban y subían los pescadores haciendo los últimos preparativos para emprender la marcha. Las mujeres, desde arriba, con el vistoso pañuelo de algodón cruzado sobre el pecho y el chillón refajo de bayeta roja ó amarilla cubriendo las amplias caderas, iban entregando á sus hombres los objetos necesarios para la faena del día, sin olvidar la calabaza con el agrillo chacolí ó el áspero aguardiente, que aquéllos á su vez colocaban en el fondo de la barca, donde ya estaban amontonadas las redes.

Agitábase incesante la abigarrada multitud á la turbia luz de los farolillos que llevaban á mano ó colgados á bordo en el cruce de las vergas, y cuyo oscilante reflejo proyectaba en el muelle las fantásticas sombras de aquellos animosos trabajadores.

Poco á poco se iba despejando el puerto. Después de encajar los toletes en la regala de las embarcaciones, de trabar los estrovas ó de atornillar las chumaceras, los pescadores se santiguaban devotamente, empuñaban el remo y batían con golpe acompasado la tranquila superficie del agua, saliendo gallardamente la escuadrilla al ancho mar como una bandada de gaviotas que se abate alegre sobre la espuma.

Principiaba á clarear el día, ciñendo con purpúrea franja la indecisa línea del horizonte. Brillaban aún en el cenit algunas estrellas que poco á poco iban apagando su luz á medida que la claridad invadía los extensos campos del cielo. Esfumábanse á lo lejos, como sorbidas por el mar, las miserables casuchas de la aldea, y las barcas, abriendo á su paso un surco de luz, separábanse unas de otras y se perdían en el infinito desierto de las aguas.

## II

Bogaba valerosamente la *Virgen del mar*, empujada por el colosal impulso de sus doce remos.

Su finísima quilla cortaba las aguas como una hoja de acero, dejando á popa un hervidero de espuma que se extendía largo espacio en brilladora estela.

Remaban los muchachos silenciosos, acompañando el uniforme balanceo de su fornido busto con el ritmo de su respiración.

Sentado en la popa, fumaba impasible el tío Juan su eterna pipa, arrancándola bocanadas de azulado humo, mientras dirigía la barca apoyando la nervuda mano en la caña del timón.

Era el patrón un hombre de escasa estatura, pero recio y musculoso como un Hércules. La grasienta boina caía sobre dos cejas grises, espesas y enmarañadas como dos matorrales que servían de cubierta á unos ojos vivos y chispeantes, que sin duda á fuerza de mirar al mar habían tomado su azulada transparencia.

Iba el tío Juan completamente afeitado, dejando así al descubierto la espesa red de profundas arrugas que surcaban su rostro, dándole una apariencia de senectud que contrastaba de un modo extraño con la robustez y agilidad de sus miembros y la ardiente vivacidad de su mirada.

Profesaban los pescadores al patrón cariñoso respeto, pues debajo de su ruda corteza adivinaban un hombre infinitamente superior á ellos en experiencia y en saber.

Había viajado mucho y visto y aprendido muchas cosas, y sobre todo había sufrido mucho durante los años empleados en su aventurera peregrinación por el mundo, y sabido es que el sufrimiento, si depura el corazón y templá el alma, también aguzá los sentidos y hace más perspicaz el entendimiento.

El tío Juan, después de probar fortuna, aunque

inútilmente, en todos los países y en todos los mares, había vuelto á la costa en que naciera para terminar sus días en aquella barca, que era su hogar, entre aquellos pescadores que constituían toda su familia y en aquel mar que encerraba el universo entero para él.

De pronto oyó que lo llamaban, y volviendo la cabeza vió asomar por la relinga de la vela una mano alargándole un frasco de aguardiente.

Al mismo tiempo una voz dijo á su espalda:

— Beber no hará, Ramonchu. ¿No lo sabes ó qué? — Aguardiente bueno que te es, pues. Tomar ya puedes, replicó Ramonchu insistiendo.

— Patrón agua beber hase. Aguardiente no le darás ni chacolí tamién.

— El agua, Manu, dijo el tío Juan dirigiéndose al que acababa de hablar y cruzando la barca para ponerse otra vez al timón, no enferma, ni embeoda, ni adeuda.

— Verdad hablaste, replicó Manu; pero tú, mozo estabas y como beber, ya te bebías, pues, que dice el retor.

— Cierto es, dijo con acento triste el tío Juan y como si hablara más para sí que para los demás. Bebía y ojalá no lo hubiera probado, que esa fué mi desgracia.

— ¿Moscorra cogiste ó qué?... preguntó Ramonchu.

— Moscorra, no; locura, delirio que me condujo al crimen más abominable que puede cometer el hombre... ¡Puse la mano en mi madre! Mira esta mano y escrito en ella lo que hizo, para que no se borre de la memoria.

Y enseñaba su mano disforme y encallecida, desfigurada por extensa cicatriz que blanqueaba el dorso y la palma, haciendo resaltar los duros tonos del resto de la morena y velluda piel.

— Veinte años tenía yo y más de treinta han transcurrido, siguió diciendo el patrón abstraído y con la mirada fija en el espacio, cuando por primera vez subí descalzo la cuesta de Mamariga (1) y entré en la Virgen del Puerto y prometí á la Madre de Dios, arrodillado ante su altar, no volver á probar la bebida... Y bien sabe la Virgen que hasta ahora he cumplido mi promesa.

Escuchaban atentos los pescadores, como si para ellos fuese nueva aquella historia, que se sabían de corrido; pero más atento que todos oíala Ramonchu, que recién llegado del servicio de la armada, aún no había tenido ocasión de escuchar el relato del tío Juan.

— Vosotros no sabéis, muchachos, decía el patrón mientras el viento hinchaba la vela y la trainera volaba, hasta qué punto la bebida embrutece al hombre, convirtiéndolo en bestia. En eso me convertí yo, en una bestia feroz. Era domingo, y los amigos merendamos en un chacolí del que salimos dándonos morradas contra las tapias. Luego, de taberna en taberna, acabamos de lastrar la cala... Bebimos sidra, vino, ginebra, caña... ¡Aguarrás creo que bebimos! Cuando llegamos á la cancha, yo iba de bolina y no podía fachear. Los amigos me desafiaron á un partido, pero yo no tenía dinero y fuí á buscarlo..., á que me lo diera la pobre vieja... ¡Qué había de darme, si hacía una semana que un galernazo tenía parada la pesca y las trañas se pudrían en el muelle!

La vieja no hacía más que llorar; yo insistí, yo amenazaba, injuriaba, hasta que loco, desesperado, alcé el puño, oí un grito, después un golpe, vi sangre... Como un viento que salta y barre la cerrazón, así se barrió aquella nube negra que el vino y la caña habían puesto encima de mis ojos...

Contemplé mi crimen, horrorizado de mí mismo; que el hueso y la carne duélense de su sangre... Me odié, me maldije, llamando á gritos á la pobre vieja, sin sentido, y en el delirio de mi rabia y de mi impotencia para deshacer aquel daño, castigué esta mano maldita con la misma faca que llevaba en la cintura y que quise hincarme en el corazón, cuando me sujetaron... No sé qué fué de mí en muchos días; pero sí recuerdo que cuando desperté de aquel sueño profundo vi á mi madre con la cabeza llena de trapos, cerca de la cama, cuidándome y ayudando al físico á curar mi brazo, que por poco me cortan... Mi

(1) Barrio de Santurce donde se eleva una ermita dedicada á la Virgen del Puerto.



LAS LEVES, grupo colosal que ha de coronar el frontispicio del Palacio de Justicia de Barcelona, obra de Agustín Querol

En sus largos años de ausencia, el tío Juan había perdido el acento y los modismos de su tierra. Leía y escribía de corrido, cosa extraña entre la gente de mar, que desde bien temprano empuña el remo, abandonando la escuela... Sabía de cuentas y de otras muchas cosas; tantas, que era el consejero, abogado consultor y secretario de toda la gente de la aldea, que decía de él, asombrada, en su pintoresco lenguaje vasco-castellanizado:

— El tío Juan sabe tanto como el rector y más que el escribano, que es un *choriburu*.

## III

Sopló sobre la embarcación una ráfaga: el fresco hábito de la mañana impregnado de los aromas que desprendían los vecinos montes asomados á la costa.

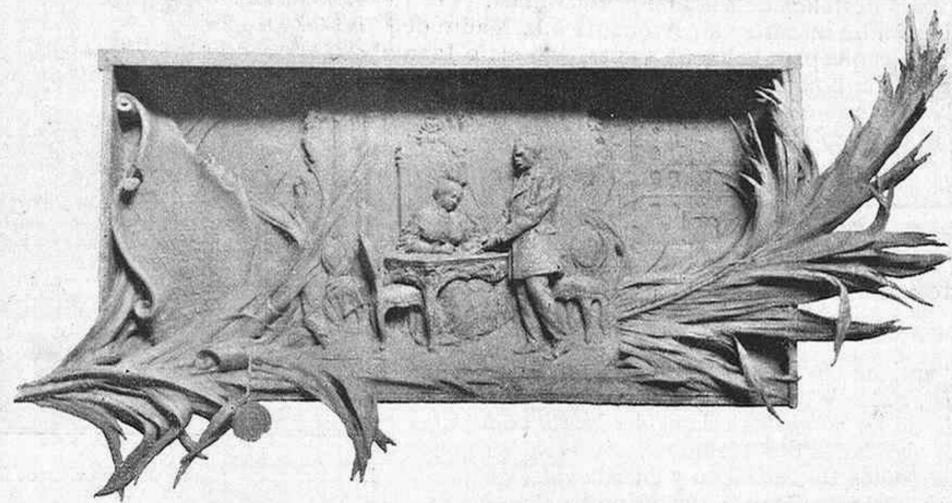
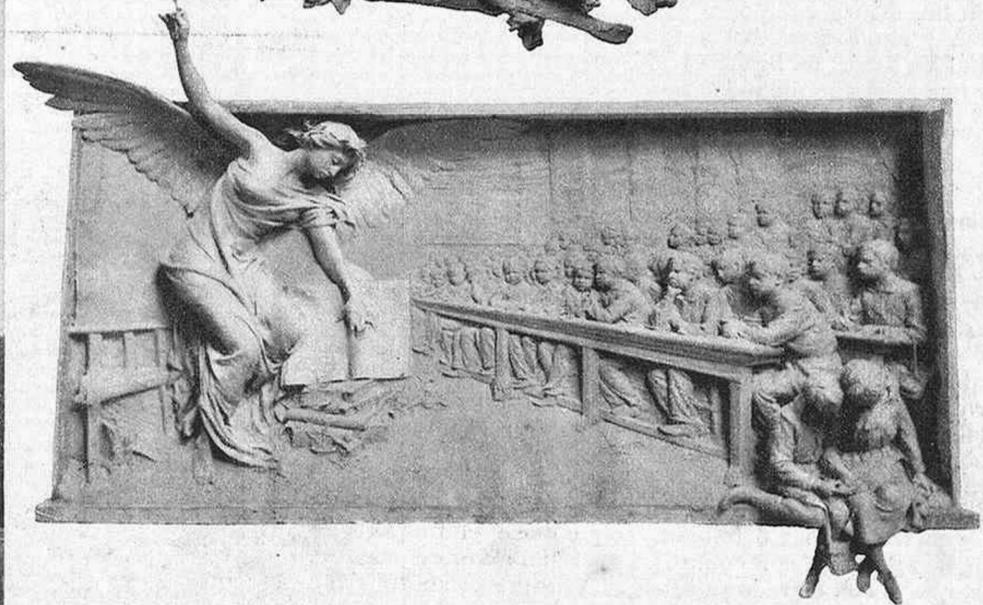
El tío Juan levantó en alto su manaza para averiguar la dirección del viento, y dijo levantándose y dejando al medio la caña del timón:

— ¡Ea, muchachos, á descansar! Ya está aquí el Nordeste, y esta buena moza va á volar como una golondrina.

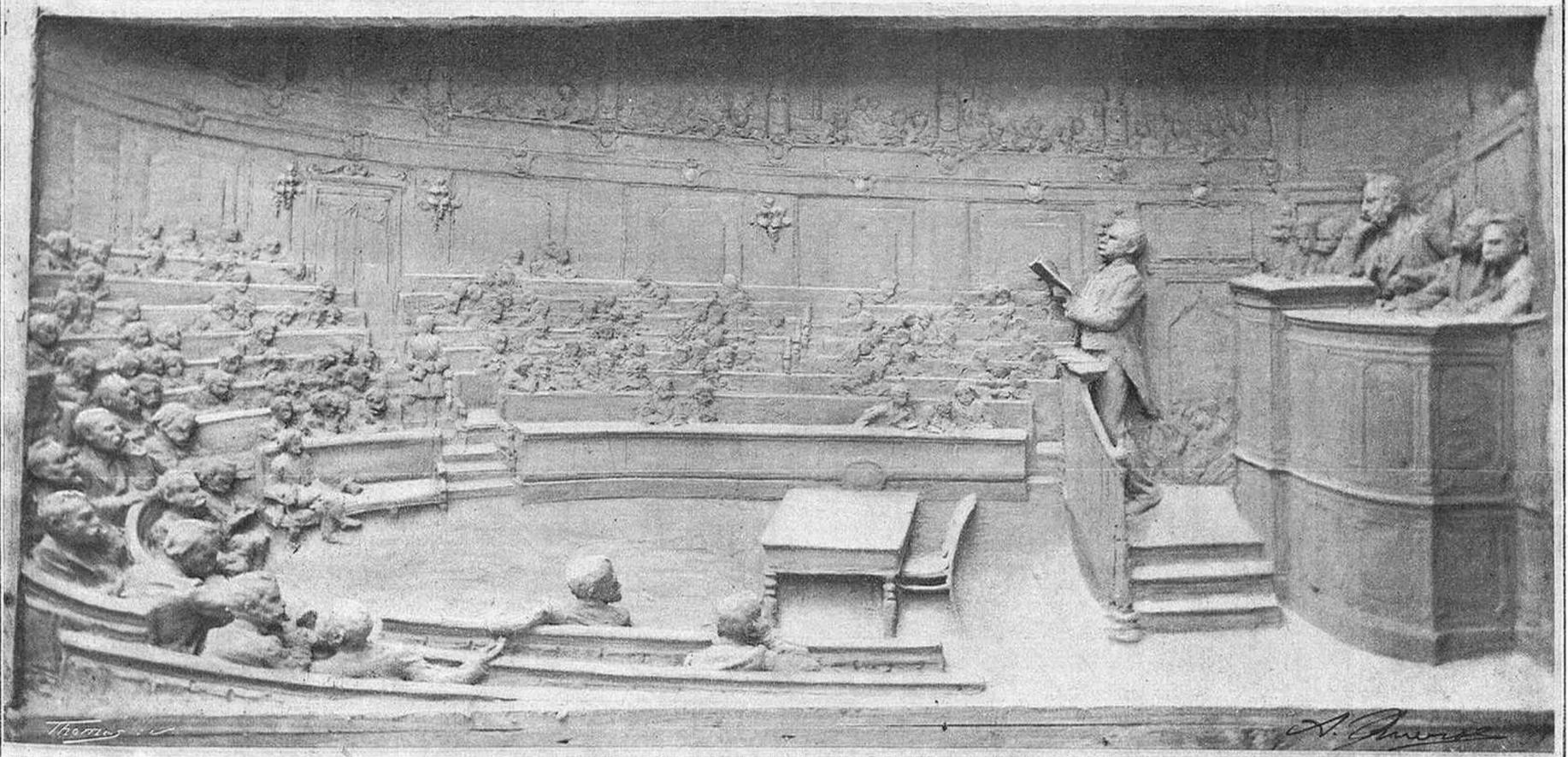
Pasó el tío Juan á proa; cazó la vela, envergándola en la entena por los graniles y halando las escotas, y la *Virgen del mar*, arrastrada por aquel trozo de lienzo, que el Nordeste soplando en popa cerrada orientaba, voló, como había dicho el patrón, como una golondrina que mojara sus alas en el mar.

Los muchachos dejaron los remos apoyados por la caña en la borda de la embarcación y se dispusieron á celebrar el sobrio festín de los pescadores; un trozo de rubia borona y un buen trago de chacolí ó de aguardiente..., si lo había.

El tío Juan, de pie en la proa, recibiendo los alatazos de la vela que crujía azotada por el viento, había formado con sus manos una especie de pantalla sobre los ojos y miraba atentamente las extensas manchas lechosas, purpúreas ó irisadas con que la naciente luz del día iba dividiendo en zonas la ancha superficie del mar hasta las lejanías del horizonte.



ATENEU DE  
BIBLIOTECA  
MADRID



MONUMENTO ERIGIDO EN MADRID Á D. CLAUDIO MOVANO. - RELIEVES DEL PEDESTAL DE LA ESTATUA, obras de Agustín Querol

primera salida la hice descalzo, sobre los pedruscos de Mamariga, á la Virgen del Puerto...

A poco murió mi madre, y yo me fuí á correr la mar, á buscar fortuna... Estuve en Filipinas, en la Habana, en Fernando Poo... Luego en un barco inglés que naufragó en el Cabo de Hornos... Después en la guerra carlista, á bordo del *Colón*, y enfrente de Motrico vi caer á mi lado á Barcaiztegui, que era un valiente...

En fin, estuve en todas partes, y ahora aquí, hasta que me vaya á pique. ¡Ea! Ya sabéis mi historia y por qué no bebo nada más que agua aunque me aspen.

## IV

— Arria la vela y avante vosotros, dijo el tío Juan poniendo la caña del timón á sotavento para orzar.

Luego añadió:

— El chardango á babor y la traña al agua, que la manyuga no debe estar lejos, porque las tollinas nos van dando convoy.

Y efectivamente, á los pocos momentos el patrón señaló á unas veinte brazas delante de la proa una extensísima mancha negra, de la que se escapaban metálicos reflejos, que bullía y se agitaba en el mar y sobre la cual revoloteaba lanzando chillidos una nube de gaviotas.

Era la manyuga, un banco de sardinas, que acosadas por las toninas ó tollinas, como decía el tío Juan, se apretaban en confuso tropel tan á flor de agua, que el sol, elevado ya sobre el horizonte, arrancaba vivos destellos de sus lomos argentinos.

— Un Padre nuestro y un Avemaría á la Madre de Dios de Begoña para la buena suerte, dijo el tío Juan quitándose la boina.

Y la ferviente oración de aquellas gentes sencillas subió al cielo en la augusta soledad del Océano.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

## LA CORUÑA

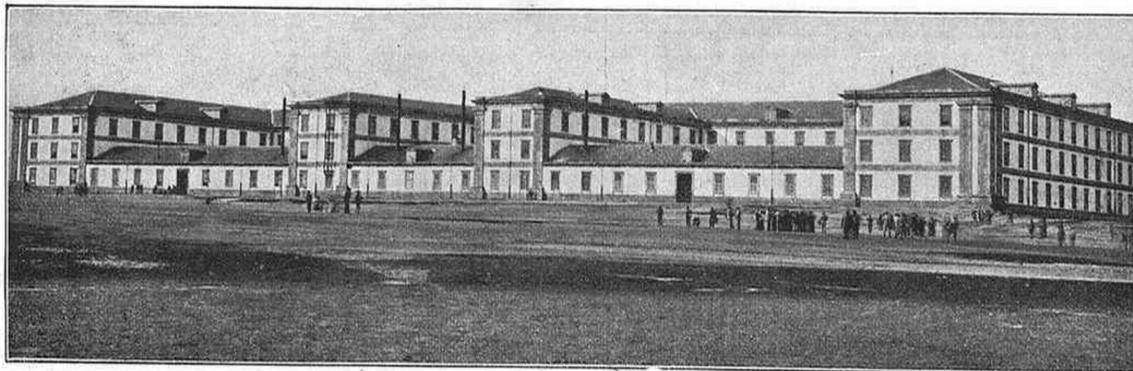
LA TORRE DE HÉRCULES. — INSTITUTO DA GUARDA CUARTEL DE ALFONSO XII

La antigua *Brigantia* de los celtas, la moderna Coruña, rodeada de fértil campiña, mar extenso y con mezcla de los sombríos celajes del Norte con las brillantes claridades del Mediodía, conserva los rasgos característicos de su origen y guarda restos y monumentos que recuerdan á sus primitivos pobladores y á las diversas razas que en ella intentaron asentar su planta. ¶

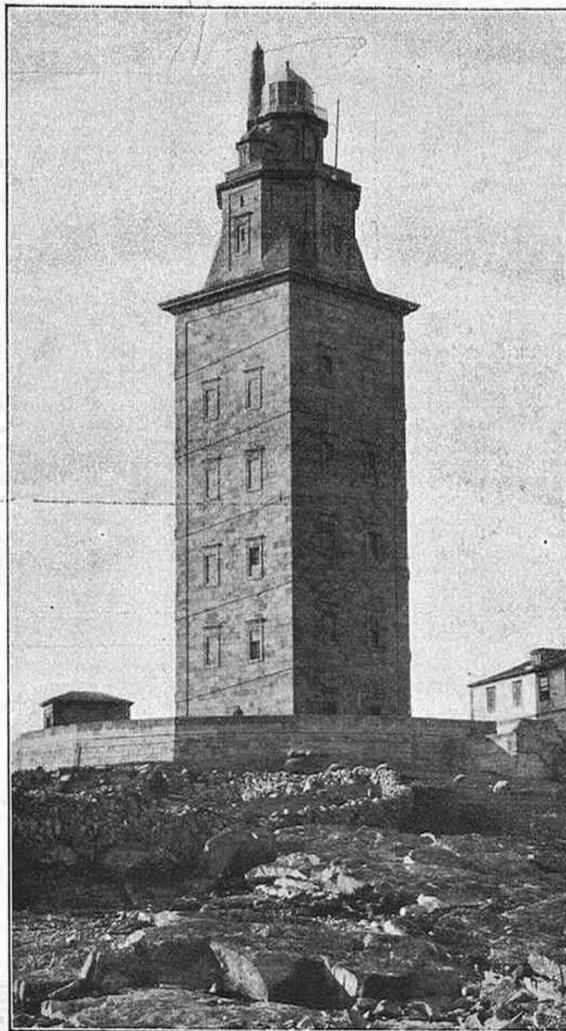
Situada á orillas de los más tranquilos golfos de los mares gallegos, puede afirmarse que todos los pueblos, siquier momentáneamente, penetraron en el suelo sagrado de la que es hoy capital por el derecho que le asignan su antigüedad, su gloriosa historia y su belleza.

Con absoluta seguridad puede decirse que la actual ciudad ocupa el mismo lugar que la antigua de los celtas, unida todavía cual antes lo estuvieron sus destinos á la famosa *Torre de Hércules*, que á modo de símbolo indica los destinos militares y comerciales de la Coruña y une el recuerdo de los mitos y tradiciones que con ella se relacionan.

Faro altísimo llamaba Orosio á la Torre, que asentada en el extremo del istmo,



LA CORUÑA. — Cuartel de Alfonso XII (de fotografía de M. Teijeiro)



LA CORUÑA. — Torre de Hércules (de fotografía de M. Teijeiro)

teniendo por base las rocas que baten las olas, no responde hoy ciertamente por su aspecto á lo que fué tan glorioso y celebrado monumento. Según opi-



LA CORUÑA. — Instituto Da Guarda (de fotografía de M. Teijeiro)

nión de algunos distinguidos arqueólogos, no afectó en su origen la forma cuadrada que hoy la distingue; antes al contrario, puesto que por la disposición, aunque no por su tamaño, debió parecerse á la famosa de Belus. Semejóse á una pirámide, y careciendo de escalera interior se subía á la cima por la rampa en espiral que la rodeaba, bastante ancha para que pudiese ascender por ella un carro arrastrado por una yunta. Hoy sólo quedan de la primitiva los elogios que

le tributaron y el concepto que entraña como testimonio del poder expansivo de un gran pueblo que desde el punto avanzado donde se levantaba el faro brigantino miraba á la legendaria Erin, con la que tantas analogías guarda el suelo galaico.

En su estado actual tiene la torre treinta y seis pies de lado y seis de grueso: los muros se componen de sillería en los ángulos, vanos y cornisas; de sillarejos en los paramentos, y de hormigón ó argamasa de menudas piedras en los relieves ó interiores. La base de la torre es cuadrangular, tiene ocho ventanas en cada frente y algunas en el cuerpo superior. Su altura total sobre la base es de 49 metros.

De la rampa exterior, que llegaba hasta la cúpula, consérvanse todavía en el forro de dos pies y medio de que fué revestida las señales de las espiras ó vueltas.

Hoy la Torre de Hércules sirve de faro, habiéndose empezado á encender los faroles en noviembre de 1684. Desde 1788 á 1790 fué objeto de una restauración, quedando desde entonces revestida exteriormente de piedra sillar y añadiéndosele un cuerpo octágono para sostener un aparato de luz mejor que los dos faroles ordinarios que antes se encendían. En 1847 se substituyó aquel aparato con otro catóptrico.

Difícil sería, en tan breve espacio, narrar los hechos más culminantes de la historia de la Coruña, puesto que si en la edad antigua ofrece acontecimientos dignos de estudiar, en los tiempos modernos ocurrieron también hechos íntimamente ligados con las luchas que nuestra nación hubo de sostener, tan gloriosos como el que ha inmortalizado el nombre de la famosa heroína María Fernández de la Cámara y Pita.

Larga lista podría formarse de los hijos ilustres de la Coruña, entre los que figuran nuestra distinguida colaboradora doña Emilia Pardo Bazán, de tan singular ingenio como merecida fama.

A la galantería de nuestro buen amigo D. M. Teijeiro debemos la ocasión de dar á conocer á nuestros lectores la Torre de Hércules, ya descrita; el Instituto fundado por el generoso y benemérito coruñés don Eusebio Da Guarda, suntuoso edificio legado á la ciudad, cuyo coste ascendió á la suma de ocho mil-

lones de reales y en que se hallan instalados el Instituto de segunda enseñanza y la Escuela de Bellas Artes, y el nuevo cuartel ó cuarteles de Alfonso XII, en donde tienen cómodo y apropiado alojamiento dos batallones de infantería y una batería de artillería, pudiendo albergar hasta tres mil hombres, dotado con todas las dependencias necesarias y con un vasto campo de instrucción.

Réstanos agregar que todos los edificios que mencionamos fueron visitados por la familia real en su reciente viaje á la costa cantábrica, y que los grabados que publicamos son acabada reproducción de las fotografías obtenidas por el citado Sr. Teijeiro. — G.

CRÓNICA PARISIENSE

DECADENCIA DE MONTMARTRE

Corren malos vientos para la sacra colina. Una tras otra, las tabernas artísticas que continuaban la tradición del Chat Noir y de su famoso fundador Rodolfo Salis, vienen cerrando sus puertas de buen grado ó por mandato judicial. Menudean las quiebras, y en la actualidad se anuncia la venta forzosa de uno de los pocos establecimientos de esa clase que aún quedan en el barrio.



Un poeta de Montmartre

Montmartre, capital del mundo, va cayendo poco á poco en el abandono universal.

Hace un par de años, los ociosos que después de haber comido bien querían divertirse un rato, aún solían decir:

— ¡Vamos á Montmartre!

Y á Montmartre se iban con optimista confianza.

Los iniciados en las veladas poéticas y musicales de la colina, decían á los profanos:

— ¡Ya verán ustedes qué cosa más original y divertida! Nos reiremos en grande.

Y la verdad es que aún se podía pasar un rato divertido en aquellos teatritos y conciertos minúsculos.

Ya no era la franca diversión de los buenos tiempos del amigo Salis. El ingenio no brotaba ya á borbotones de labios del anfitrión y sus poetas. La sátira no era ya tan fina como mordaz. Las canciones carecían de originalidad y de agudeza. Pero como aún no eran muy numerosas las tabernas artísticas, los espectadores se contentaban con lo poco que se les servía, perdonando la mediocridad en gracia á la escasez. Por otra parte, la moda, esa tirana omnipotente, exigía que la gente que se precia de buen tono fuese á pasar cada ocho días una velada en cualquiera de esas tabernas de Montmartre.

De entonces acá, una plaga de industriales, plagarios de Salis, establecieron en la vertiente de la colina innumerables tabernas que no tenían de artístico más que el nombre.

Fué una invasión descomunal.

Legiones de cancioneros de pacotilla se lanzaron á imitar á los poetas de agudo ingenio que dieron fama al Chat Noir y á sus congéneres.

Pero los falsos Mac-Nab, los Jouy de dublé y los simili-Ferny enseñaron pronto la hilaza; el público empezó á llamarse á engaño; y los taberneros que osaron imitar á Salis resultaron tan grotescos, que el espectáculo acabó por ahuyentar á los clientes.

Desde el principio de esa decadencia, los aficionados empezaron á decirse al oído:

— Esto no vale lo que el Chat Noir.

— Estas parodias de Bruant son verdaderas necesidades.

— Esto resulta muy aburrido.

Y convencido de que allí no se divertía, el público dejó de ir.

Y los empresarios, en vez de buscar el éxito en la modificación del espectáculo, en la substitución de aquellas estulticias por un poco de arte, lo buscaron en el reclamo á son de bombo y platillos.

Pero el desencanto era irremediable. El público desertó de la colina, y á la decadencia siguió la bancarrota.

París asiste indiferente y aun tal vez con secreta satisfacción á esa ruina, porque en la época de su apogeo Montmartre humilló con soberano desdén el corazón de la gran ciudad. Hoy la colina sufre la ley común de todos los que se encumbran con excesiva rapidez, sin una base sólida que sostenga su fama tan fácilmente adquirida.

Sin embargo, no habrá sido inútil la colina de los Donnay, Haraucourt, Caran d'Aché y tantos otros escritores y artistas que han adquirido después gran celebridad. Dió el impulso necesario á un arte que languidecía. La historia literaria dirá cuál fué la influencia de Montmartre en las artes y letras de este fin de siglo.

El propio Salis no se imaginaba esa fecunda influencia al crear su originalísima taberna artística. En esta misma ILUSTRACIÓN hemos contado los orígenes del Chat Noir, las íntimas reuniones celebra-

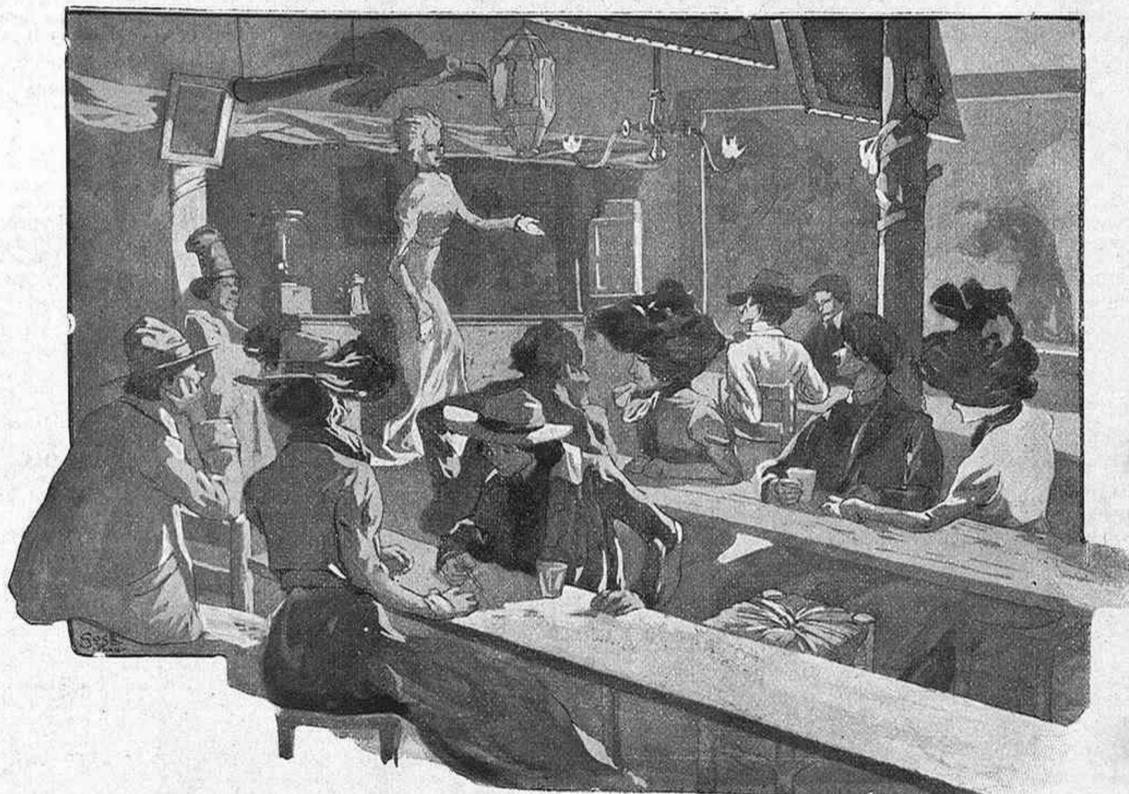
das por Bollinat, Villette, Jules Jouy y demás camaradas de Salis, en el cafetín establecido por éste al lado del Elíseo Montmartre. Salis era, para quien no le conocía á fondo, una especie de negrero, que trataba á la baqueta á sus cancioneros y á sus músicos, á pesar de que les pagaba con bonos de *bocks* y de *choucroute*.

No obstante, muchos de los que han hecho fortuna debieron á Salis el haber atravesado rápidamente lo que Flaubert llamaba «el pantano de los comien-

las canciones báquicas de Beranger, son verdaderos «estados de alma» nacionales.

La canción contemporánea está en plena decadencia, como lo está la colina de Montmartre en que trataron de regenerarla los poetas del Chat-Noir.

Y la principal causa de esa decadencia consiste en haber substituído la copla satírica, ingeniosamente aguda, y la romanza sentimental, con la canción canallesca, conocida en el *argot* parisiense con el calificativo de *rosse*.



Una taberna de Montmartre

zos.» Nada vale tanto, para un escritor ó un artista, como el empuje de un empresario que le da á conocer. Salis convirtió su taberna en una especie de antesala del teatro y del periódico, donde acudía París á saborear las primicias de ingenios desconocidos, antes de que la fama pregonase su talento.

¿Saben ustedes cómo debutó, por ejemplo, Mauricio Donnay?

Un día, Alfonso Allais, que era entonces secretario de la redacción del *Chat-Noir*, periodiquito ilustra-

do que dirigía Salis, recibió unos versos de Mauricio Donnay. La composición era ligera, delicada y graciosa. Allais enseñó los versos á Salis, cuya perspicacia adivinó que su autor era chico de valía. Informóse y supo que el poeta estaba empleado en una casa de comercio. De buenas á primeras le propuso estrenarse en el *Chat-Noir*, no en el periódico, sino en la taberna.

Los antiguos parroquianos del famoso establecimiento recuerdan sin duda á un joven elegante y algo tímido que recitaba versos deliciosos. Era Mauricio Donnay, cuyo talento había de brillar ante otras candelitas que las del *Chat-Noir*.

La canción ocupa un puesto importante en la vida francesa. Desde el himno patriótico hasta la romanza sentimental; desde la canción satírica hasta la ronda pueril, ¡qué de grandes y pequeñas obras exquisitas que expresan todas las emociones humanas!

En Francia, todo empieza y todo acaba en canciones: revoluciones y triunfos, epopeyas y amores... El cancionero francés se confunde con la historia de Francia.

Los sencillos cantares que entretenían y consolaban á los siervos de la Edad Media; los cantos de gesta que entusiasmaron á los guerreros; las rudas estrofas de la Revolución;

El género floreció durante un lustro, merced á uno de tantos caprichos de la moda. Por fin triunfó el buen sentido, y la canción *rosse* cayó en el des crédito más absoluto.

Daba grima ver á esos copleros, que con afectada frialdad, con acento monótono, en actitud perezosa, recitaban junto al piano ó acompañándose en él desvergüenzas ó estupideces rimadas, que unos cuantos necios aplaudían.

Ellos han sido la causa de la ruina de Montmartre, que tan caro paga el efímero triunfo que en sus tabernas artísticas proporcionó á la imbecilidad humana.

JUAN B. ENSEÑAT.

Ilustraciones de Gosé.

DESCUBRIMIENTO

DE UNA BIBLIOTECA BABILÓNICA

Los notables descubrimientos realizados en el sitio que ocupó la antigua Babilonia por la delegación de sabios enviada por la Universidad de Pennsylvania á Nippur, han dado la solución de una multitud de problemas que hasta ahora no habían podido resolver los historiadores de la Caldea.

El profesor Hilprecht, jefe de aquella expedición, ha regresado hace poco á Constantinopla, en donde ha dado á conocer algunos de los descubrimientos más importantes que hizo el año pasado en las ruinas de la antigua ciudad: el principal de ellos es el de una biblioteca encerrada en un gran templo. Hace once años que el eminente profesor había adivinado que en aquel mismo lugar precisamente realizaría un descubrimiento de primer orden; y en efecto, en el espacio de tres meses ha encontrado 17.200 tablitas con inscripciones en caracteres cuneiformes. Las primeras que se en-

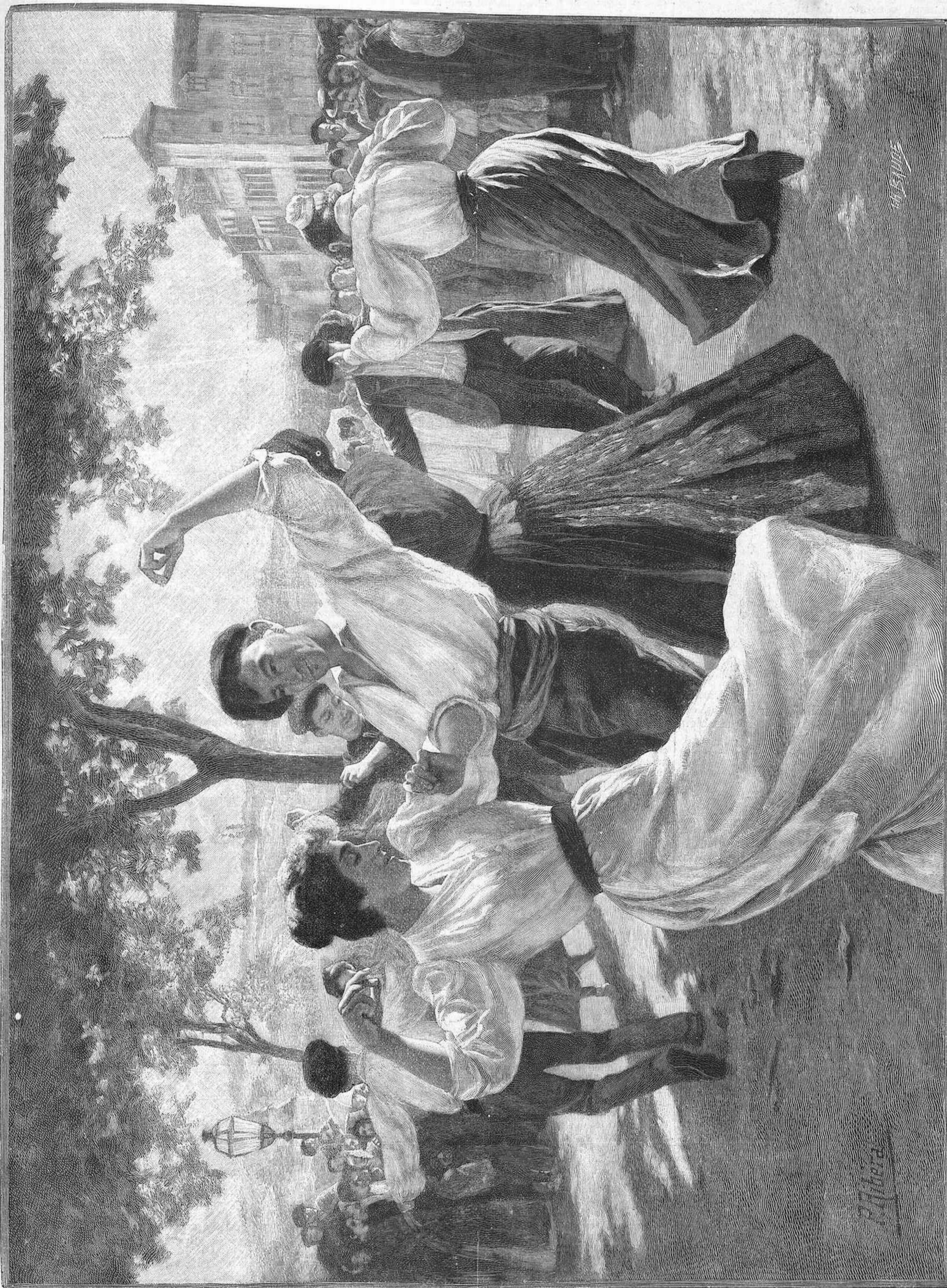


Un artista de Montmartre





SANTA CECILIA, cuadro de F. Keller



UN BAILE AL AIRE LIBRE EN UNA ALDEA DE LOS PIRINEOS ESPAÑOLES, cuadro de P. Ribera

contraron eran contratos de negocios, convenios, cartas, etc.; las últimamente descubiertas tienen mucha mayor importancia, puesto que son obras de filología, literatura, mitología, gramática, ciencias, matemáticas é históricas, etc. Cuando los sabios las habrán descifrado por completo, podremos formarnos, sin duda alguna, una idea exacta de la vida pública y privada de los babilonios. Ninguno de esos documentos lleva fecha posterior al año 2.280 antes de Jesucristo y los más antiguos se remontan á 7.000 años antes de la era cristiana. Es probable que la biblioteca quedara sepultada entre los escombros del templo cuando la invasión de los elomitas, que ocurrió precisamente allá por el citado año 2.280.

El profesor Hilprecht cree que se necesitarán aún cinco años para exhumar y examinar enteramente esta biblioteca, y calcula que la parte de la misma no descubierta todavía debe de contener 150.000 tablitas.

Sabido es que esta biblioteca desempeñó gran papel en la vida intelectual de los babilonios, en todas sus ramas, así en las científicas como en las religiosas y literarias.

Es muy probable que ningún sabio haya sido ni sea en lo sucesivo tan afortunado como el profesor Hilprecht para descubrir de una vez un número tan enorme de documentos de primer orden relativos á las civilizaciones prehistóricas.

Las excavaciones para poner al descubierto el templo han retardado la exhumación de la biblioteca. La multitud de armas que se han encontrado en las capas inferiores de las ruinas dan una idea de cómo se ponía sitio á las ciudades en aquella sangrienta época de la historia caldea. El profesor Hilprecht opina que el templo formaba parte de un palacio cuya fachada tenía una longitud de 600 pies y que pertenecía probablemente á los sacerdotes reyes de Nippur. Las pocas salas que se han explorado han dado lugar á interesantes descubrimientos de tablitas, cilindros, figurillas, etcétera, y se espera que se han de encontrar también estatuas. - X.

NUESTROS GRABADOS

**De mi tierra, cuadro de Luis Beut.**—Si Luis Beut no fuese ya ventajosamente conocido, el bonito cuadro que reproducimos bastaría para que se le reputara como discreto artista, tales son las cualidades que se observan en la obra á que nos referimos. Artista de corazón y amante de su país, dedica, al igual que su maestro Agrasot, al arte y á la tierra en que nació las galas de su ingenio y el resultado de su habilidad. Con uno y otra logra dar cuerpo y forma á sus brillantes cuadros de costumbres valencianas, á esos tipos admirables que revelan entre la delicadeza de su espíritu la arrogancia de los moriscos, y esa espléndida vegetación que convierte en continuado jardín la tierra valenciana, cual si la naturaleza se hubiera empeñado en embellecerse con los brillantes tonos de su luz y de su vegetación y con el encanto de sus mujeres.

**En la sierra, dibujo original de Enrique Estevan.**—Acreditada tiene su competencia el discreto artista Enrique Estevan en la producción de cuadros y dibujos representando asuntos y tipos militares, género en el cual ha logrado singularizarse de tal suerte que se le considera comprendido en el grupo de pintores españoles representantes de tan especialísima rama del arte. A esta clase de producciones corresponde el bonito dibujo que reproducimos, trasunto de una escena desarrollada en la sierra durante la cruda estación invernal, cuyos rigores desafían, en cumplimiento de ineludibles deberes, tres guardias civiles, representados en el momento de prestar uno de los importantes servicios encomendados á su benemérito instituto.

**Santa Cecilia, cuadro de Fernando Keller.**—La figura de Santa Cecilia, la mártir cristiana que los músicos han escogido como patrona, ha inspirado á los pintores de todas las épocas, que han representado en célebres lienzos á la santa cantando las alabanzas del Señor acompañándose con el arpa, el órgano ú otros instrumentos. Para no citar más que algunas de estas obras, las más importantes, mencionaremos los bellísimos cuadros de Rafael, de Domenichino y de Carlos Dolci, que se conservan respectivamente en la Pinacoteca de Bolonia, en el Museo del Louvre y en la Galería de Dresde. También los modernos han rendido tributo á esta santa, y uno de ellos, Fernando Keller, ha logrado trazar una hermosa página artística al pintar el cuadro que reproducimos. La *Santa Cecilia* del notable pintor alemán se ajusta á los cánones de la buena pintura religiosa por la unión que respira y por la sobriedad con que está ejecutada: el rostro, de delicadas y correctas líneas, tiene una expresión mística encantadora, á la que contribuye principalmente la dulzura de la mirada; la actitud tranquila se armoniza con los sentimientos divinos que llenan el corazón de la virgen, y el ropaje está tratado con esa amplitud que sin dis-

traer la atención de la idea principal coadyuva al buen efecto de la pintura.

**Un baile al aire libre en una aldea de los Pireneos españoles, cuadro de Pedro Ribera.**—



DE MI TIERRA, cuadro de Luis Beut

En las aldeas montañesas, donde las distracciones escasean, el baile constituye casi la única diversión de la gente joven; pero no es aquel el baile que en los grandes centros impera entre las clases populares; no es ese espectáculo tan malsano como poco moralizador que se verifica en locales de atmósfera irrespirable, en los cuales el cuerpo siempre enferma y no pocas veces enferma también el alma; no, el baile se celebra allí al aire libre, en la plaza pública ó en un prado inmediato al pueblo. Allí se reúnen en las tardes de los días de fiesta mozos y mozas y se entregan á esas danzas de pausados ritmos que la tradición ha conservado desde la remota antigüedad, y que aún recuerdan algo del arte pagano á que deben su origen y en el cual rendíase culto á la belleza y á la higiene. Esos bailes montañeses son en extremo pintorescos y tienen el escenario más hermoso que para esta clase de fiestas pueda imaginarse; la naturaleza, con su cielo inmenso, sus verdes campos, sus árboles frondosos, su aire puro y embalsamado por las olorosas plantas silvestres y sus montañas, cuya oscura silueta se recorta sobre el fondo claro del firmamento. Se comprende, pues, que los artistas encuentren en ellos asuntos para sus cuadros y se enamoren de aquellas notas de luz y de color que tanto se prestan para una obra artística: el autor del lienzo que reproducimos ha sabido sorprender estos efectos y presentarlos en una forma tan simpática al corazón como agradable á los ojos.

**Astucia y fuerza, escultura de A. Alsina.**—Conocida es la narración bíblica de Sansón y Dalila que sirve de asunto á esta escultura, en la cual el artista nos presenta á los dos personajes en el momento en que la astuta filisteo corta al juez de Israel la cabellera, origen de su fuerza hercúlea. El Sr. Alsina ha interpretado bien la situación y el carácter de los dos personajes, presentando en bellísimo contraste las delicadas formas de Dalila y la gigantesca musculatura del dormido amante, é imprimiendo en el grupo escultórico un sello clásico que sienta admirablemente en todas las obras del género de la suya. El modelado corresponde al modo de ser de cada figura: fino, lleno de suaves morbideces, en Dalila; vigoroso, casi duro, en Sansón. Completa la hermosa impresión de la escultura la belleza del contorno total, en el que se combinan con gran acierto y sin la menor confusión los contornos parciales de cada una de las dos estatuas. La obra del Sr. Alsina ha sido premiada en la Exposición Universal de París.

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**—BARCELONA. — La corona que la colonia italiana de Barcelona ha dedicado á la memoria del rey Humberto I, y que reproducimos en el número 983 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha sido fabricada en los talleres de objetos de arte que tiene establecidos en esta ciudad el reputado artífice Cav. Luis Razzanti, premiado en varias exposiciones con medallas de oro y plata. El comité de la referida colonia ha dedicado á dicho señor una fotografía de la corona con un autógrafa en extremo laudatorio.

**Teatros.**—MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de la Princesa *La reina y la comedianta*, comedia

en tres actos y en verso de D. Juan Antonio Cavestany; en Lara *El guante blanco*, pieza en un acto de los Sres. Perrín y Palacios; en el teatro Cómico *Las violetas*, arreglo en un acto de una comedia italiana, muy bien hecho por los Sres. Cadenas y Varela, y *Gimnasio modelo*, zarzuela en un acto del Sr. Larra (hijo), con música del maestro Cereceda; en Eslava *Mangas verdes*, zarzuela en un acto de D. Sinesio Delgado con música de Torregrossa; y en Martín *Los maletas*, zarzuela en un acto del Sr. Torres con música del maestro Muñoz. En el teatro Español se ha estrenado con éxito extraordinario el drama de D. José de Echegaray *El loco Dios*. Las representaciones de la Duse en el teatro de Apolo proporcionan á la eminente actriz italiana otras tantas ovaciones. Se ha inaugurado la temporada del teatro Real, habiéndose cantado en la noche de la inauguración la bellísima ópera de Puccini *La Bohème*.

**Barcelona.** — Las cuatro representaciones de la Duse en el teatro de Novedades han sido otros tantos triunfos para la incomparable artista, que ha interpretado maravillosamente *La dama de las camelias* y *La mujer de Claudio*, de Dumas, hijo; *Hedda Gabler*, de Ibsen, y *La Gioconda*, de d'Anunzio. En el propio teatro se han dado dos interesantes conciertos: en el primero, organizado por el director de la Sociedad de Conciertos Clásicos el notable compositor y pianista D. Enrique Granados, ejecutáronse primorosamente la cuarta sinfonía de Beethoven, dos danzas de Grieg y el poema sinfónico del maestro francés León Moreau *Sur la mer lointaine*, que fué dirigido por el autor, habiendo merecido todas estas piezas entusiastas aplausos. También fué muy aplaudida la «Capella Catalana», que bajo la dirección del maestro D. Joaquín Cassadó cantó con gran ajuste varias piezas de música religiosa clásica y otras originales de los señores Cassadó y Guanyabens. El segundo concierto corrió á cargo de los eminentes pianistas Sres. Vidiella, Granados y Malats, que tocaron con sin igual maestría solos y juntos hermosas composiciones de Chopin, César Frank, Paderewski, Fischov y Bach, habiendo sido todos y cada uno de ellos objeto de ovaciones tan grandes como merecidas.

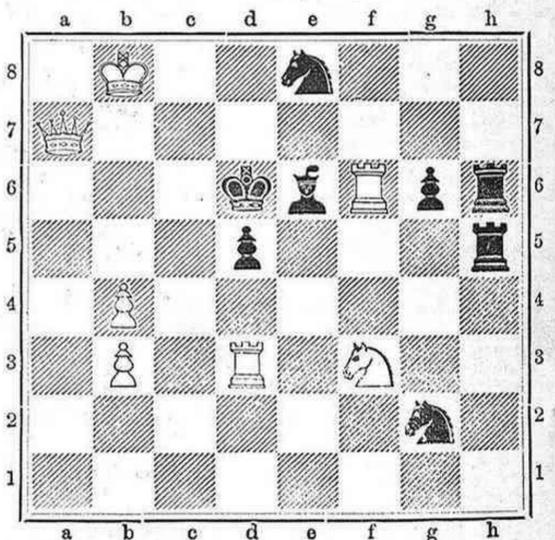
Se ha inaugurado la temporada del Liceo con el estreno en España de la ópera de Wagner *Sigfrido*, que ha tenido un éxito brillantísimo, habiendo sido muy aplaudidos cuantos artistas tomaron parte en la ejecución, especialmente el tenor Sr. Grani y la tiple señora Ehrenstein y el maestro Sr. Mertens.

En Romea se ha estrenado con buen éxito *Los dos cuñills*, graciosa comedia en tres actos de D. F. Fuentes (hijo).

Los grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsen-se las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 217, POR J. SALMINGER  
NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 216, POR F. HOFMANN

- |                 |              |
|-----------------|--------------|
| Blancas.        | Negras.      |
| 1. Te1-d1       | 1. g5-g4     |
| 2. Dd4-e5 jaque | 2. C toma D. |
| 3. C mate.      |              |

VARIANTES

- 1..... C g6 juega; 2. Dd4-e5 jaque, etc.  
 1..... c6-c5; 2. Cd3-c5: jaque, etc.  
 1..... c4-d3; 2. Ae2-b3 jaque, etc.  
 1..... R ó Cd7 juega; 2. Cd3-c5 mate.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.



LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. - ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

¡No, no! Imposible.

Después de un breve silencio, Carmen dijo:  
- Y ese niño por quien te interesas tanto, ¿no es un calmante para tus penas?

- A propósito de ese niño, he querido hablaros esta misma noche. Sabiendo que no os faltarían argumentos para detenerme, quería anunciaros mi viaje cuando ya me hubiese puesto en camino; pero quise insistir personalmente con vosotros en favor de ese niño.

- Basta que tú le quieras, para que también le queramos nosotros.

- Me inspira, en efecto, el mayor interés. Expuso su vida por salvarme. Aunque no me impulsase la... extraordinaria simpatía que por él siento, el deber me obligaría á asegurar su porvenir. Y cuento con vuestra fraternal amistad para substituirme á su lado y continuar la obra empezada por mí.

- ¿Qué quieres decir?

- Le pondréis en el colegio, al lado de vuestro Marcelino, ¿verdad? Mi sobrino le ayudará y protegerá. Cuidaréis de hacer de él un hombre honrado... Y si yo muero..., espero

que querréis mucho al pobrecito huérfano, en memoria de vuestro infeliz hermano.

- ¡Jorge!, exclamó Carmen con desesperación.

- Hay que preverlo todo, hermana mía. Esta tarde estuve en casa de tu notario, Roberto, y tomé todas las disposiciones materiales para que este arreglo sea posible.

Roberto d'Alboize no había interrumpido una sola vez á su cuñado.

Se levantó, y después de haber cambiado otra mirada con su esposa, adelantóse, algo pálido, como si fuese á dar cumplimiento á una decisión grave, súbitamente tomada.

- Mi querido Jorge, obedeceríamos escrupulosamente á tus deseos si hubiese lugar; pero desde que hablamos contigo del asunto que sabes, ha sobrevenido un grave acontecimiento que ignoras y que, seguramente, te impedirá partir.

- Roberto, mi partida es irrevocable.

- No, amigo mío. No puede serlo. Mírame bien frente á frente, Jorge. ¡Estás desesperado porque ardes en amor por Elena, porque la crees perdida, muerta quizá! Pues bien: ¡Elena vive! ¿Oyes? ¡Elena vive! Estamos seguros de ello, puesto que la hemos visto.

Roberto esperaba una exclamación, un grito de asombro, en que hubiese vibrado, á pesar de todo, una nota de esperanza.

El rostro de Jorge permaneció impasible en su fría dureza y su espantosa desolación.

- ¡Yo también la he visto!, dijo fríamente.

Los que dieron un grito fueron Roberto y Carmen.

- ¿Has visto á tu mujer?, añadió ésta.

- ¡No conozco ya á esa persona!

Y exaltándose poco á poco, á medida que hablaba, llegó al paroxismo del dolor y de la cólera, revelando á sus hermanos la terrible lucha que había sostenido durante años con los sentimientos que iban germinando en su alma al recuerdo de Elena.

Roberto y Carmen le contemplaban dolorosamente, sin atreverse á hacerle cesar.

- ¡Sí!, iba diciendo Jorge; para vivir, me agarraba á la ilusión insensata de olvidar el pasado y perdonar. Aún hubiera hecho más. Hubiera llegado á no recordar jamás su falta, á ahogarlo todo en una resurrección de ternura, en un inmenso retorno de amor.

- ¿Y bien?

- Esta ilusión sublime, que mi pasión por esa mu-

jer me había hecho suponer realizable, se desvaneció ante la conducta escandalosa de la miserable.

- No puedo dejarte continuar así, dijo Roberto en tono grave. ¡Tu error es criminal! ¡Elena fué con-

corazón que se apiadó profundamente de la infortunada, cuyo amor por ti y cuya existencia atroz conoce...

- ¡Mentira todo! ¡Esa mujer ha querido engañaros!

Y les refirió al detalle su viaje á Moisselles, su encuentro en el tren con el venenoso alguacil y su digna consorte, y la escena sorprendida por él entre Elena y Vernier.

Aterrados por aquella espantosa calumnia, abrumados por el acento de convicción profunda é invencible con que Jorge hablaba, Roberto y Carmen le miraban como se mira á un loco en sus arrebatos, esperando un momento de calma en que poderle hacer entrar en razón.

- ¡Hermano mío!, dijo al fin Roberto con varonil y sombrío vigor; otra vez te dejas ofuscar por las apariencias que tus terribles y locos celos te hacen admitir como realidades. Estás alocado al extremo de querer matarte. Quizá lo impidamos hoy; quizá también mañana... ¿Y después? ¡Vas á morir! Pero, tenlo entendido, querido Jorge, consideraremos tu muerte como el

justo castigo de un Dios vengador de la inocencia.

Herido por esta violenta y calurosa protesta, Jorge permaneció un instante sin contestar.

Reflexionaba.

- ¿Pero no comprendes qué horrible cosa sería que yo me hubiese engañado? ¡Carmen sería una infame! ¡Y tú su cómplice! ¡Y el baldón no dejaría de haber deshonrado la casa de Kerlor!

- ¡Por mucho que debas despreciarnos, y cualquiera que sea el castigo que, como jefe de la familia, nos impongas, lo hemos merecido nosotros y no Elena!

- ¡Tuve en mis manos la prueba de su crimen..., del mismo modo que ayer la vi con su amante!

- La encontraste con ese caballero... y te rebajaste á creer en las calumnias abyectas de viles y miserables envidiosos. Si vieses la mirada franca y la noble fisonomía de ese hombre, que no ha cometido más falta que la de sentir por Elena una profunda admiración y una abnegación sin límites, te convencerías. En cuanto á aquella carta fatal que sorprendiste y que contenía lo que llamas la falta de Elena, repito que era mía, y que yo la había escrito á Carmen, aunque con las señas de la señora de Kerlor, según acostumbraba hacerlo, á fin de evitar una sorpresa.

- ¡Probádmelo!

- La carta en cuestión era de mi puño y letra. Hoy que conoces mi letra, puedes comparar.

- Sabes muy bien que eché aquella carta al fuego.

- Recordarás el carácter.

Jorge pareció vacilar un momento.

De pronto iluminaba su espíritu un rayo de luz.

Al recibir la primera carta de su cuñado, anunciándole su regreso á Francia, parecióle que había visto aquel carácter de letra otra vez.

Entonces no hizo caso del incidente.

Pero ahora, ante la insistencia de Roberto, no podía menos de recordarlo.

Palideció.

Roberto era hombre de noble corazón y de ánimo valeroso.

No vaciló.

- Te repito que Carmen y yo nos amábamos y que nos escribíamos con las señas de tu esposa. Aquellas cartas, toda la correspondencia de Carmen, me fueron robadas en Tours, donde Elena había ido á reclamármelas. ¿Adónde fueron á parar? Lo ignoro.



Me llevaste á un seto donde cogimos muchas moras (pág. 741)

denada injustamente! ¡Elena es un ángel de virtud!

- ¡Ah!, sollozó Carmen cayendo de rodillas á sus plantas; escúchanos, Jorge. ¡Escucha á tu hermana!

- ¡Piadosa mentira! ¡Ya os he dicho que no os creo!.. ¡No puedo creerlos! Las pruebas os desmienten. ¡Levántate, hermana mía! Vuestra insistencia es inútil.

- ¡Ah, si hubieses visto á Elena como nosotros la hemos visto hoy! Ante su frente pura y sus ojos, que sólo han empañado las lágrimas de la desesperación, no vacilarías...

- Y las únicas palabras que se escapaban de sus labios eran de consuelo para nosotros, un grito de amor por ti, un grito á cuyo acento no te hubieras engañado...

- ¡Elena mentía otra vez, como supo mentir junto al lecho mortuorio de nuestra madre, para arrancarle su bendición por medio de una sacrílega comedia!

- ¡No, Jorge, Elena no ha mentado jamás! En el instante supremo, iluminada por la luz divina, nuestra madre reconoció la inocencia de Elena y la bendijo. Elena te ama, á pesar de los terribles tormentos que le has causado, y su amor es lo único que le ha dado fuerzas para vivir hasta el día, que ha llegado al fin, de su rehabilitación.

- ¡Elena!.. interrumpió Jorge con una carcajada estridente. ¡Vuestra Elena, la de la frente tan pura, la de los ojos tan cándidos, tiene un amante!

- ¡Elena! ¡Un amante!, exclamó Roberto espantado.

- ¡Hermano mío! ¡Estás blasfemando!

- ¡Yo la he visto..., yo mismo, risueña, del brazo de ese hombre! ¡Viven juntos..., públicamente..., en Moisselles!

- ¡En Moisselles! ¿Has ido á Moisselles?, exclamó Carmen. ¿Cuándo?

- Hace cuatro días, desde Penhoet, impulsado por un indicio casual. Entonces les vi á los dos. ¡Y si no les maté, es que la amo todavía, es que la amo á pesar de todo! ¡Y se la dejó á su amante..., mientras que yo voy á morir!

- ¡Morir!

- A ese hombre de que hablas, añadió Carmen con toda la energía que le comunicaban su amor de hermana y su desesperación; á ese hombre le conocemos. Él fué quien nos buscó hasta averiguar dónde vivíamos, y nos llevó al lado de ella. Es un hombre de

Pero hace poco recibí un anónimo proponiéndome el rescate de la cartera que las contenía. Vi á los miserables poseedores de aquella correspondencia, y consentí en pagarles la cantidad que me pedían por ella.

— Entonces, ¿las tienes?

— ¡No! Aquellos bandidos me dijeron que las tenían en su casa. Me condujeron cerca de donde vivían, en un barrio extraviado de la Glaciere.

— ¿En la Glaciere?, repitió Jorge, asombrado de aquella coincidencia.

— ¿Cómo?

— Nada... Continúa.

— Me llevaron al bulevar de la Glaciere, esquina á la calle de la Santé. Allí me dejaron, diciendo que iban á volver dentro de pocos minutos...

— ¿Y?..

— Les estuve esperando en vano. No volvieron á parecer. Ignoro la causa que les impedirá cumplir un trato tan ventajoso. Pero esas cartas existen. Sólo por ellas pudieron aquellos hombres enterarse de mi nombre y del interés que yo tenía en recuperarlas. He hecho todo lo posible por adquirir esa prueba de tu error, de la inocencia de Elena y de nuestra falta, ya que mi palabra y mi confesión no te bastan.

Jorge experimentaba una singular emoción.

— Uno de los hombres que te propusieron la venta de las cartas, ¿no se llamaba *Caracol*, y el otro Panuffo?

— No les pregunté su nombre... Pero, en efecto, me parece recordar..., sí, recuerdo que uno de aquellos bandidos llamó á su compañero con el apodo de *Caracol*.

— ¡Ah, si fuese cierto!, exclamó Jorge con el corazón vibrante de esperanza. Pero vamos á saberlo en seguida... ¡Fanfán les conoce!

— ¡Fanfán! ¿A quién llamas Fanfán?

— Al niño que recogí.

— ¡Fanfán!, exclamó Carmen: así se llama...

— ¡Mi hijo! Voy al fin á poderle dar este título. ¡El es, en efecto!

— ¡El hijo de Elena!

— ¿Le encontraste?

— De él os hablaba hace un momento.

— ¡De él!

— Estaba en manos de esos bandidos... Y si esos miserables tienen las cartas de que habláis, quizá él lo sepa.

— ¡Oh, vamos pronto!, exclamó Carmen.

Y sin oír nada más, olvidándolo todo, la joven corrió hacia la habitación donde debía descansar el muchacho.

Precipitose en el cuarto de éste.

Fanfán empezaba apenas á desnudarse para meterse en cama.

Su sorpresa fué grande al verse cubierto de besos por Carmen, que mezclaba sus caricias con exclamaciones en que alternaban los dulces nombres de padre y madre.

— ¡Fanfán! ¡Mi Fanfán!.. ¡Conque eres tú! ¡Ven, ven en seguida!

— ¡Fanfán! ¡La señora d'Alboize le daba aquel nombre que no había querido darle el conde!

Carmen se lo llevó al salón, donde Jorge y Roberto esperaban silenciosos.

Al verla entrar con el niño, ninguno de los dos se atrevió á dar un paso á su encuentro.

No podían dominar su terrible emoción.

Era la verdad resplandeciente, irrefutable, pronta á condenarles ó á absolverles, que surgía en su presencia.

Pero el corazón de Carmen les daba ya aquella prueba palpable.

La señora d'Alboize sentó al niño en su falda y éste le rodeó el cuello con sus brazos.

— ¡Fanfán! ¡Por fin vas á abrazar á tu madre! ¡Cómo se le parece! ¡Sus mismos ojos, su sonrisa, su frente tan pura! Mira, Jorge...

Ante aquella explosión de ternura de su hermana, Jorge sintió ablandarse su corazón.

Gruesas lágrimas acudieron á sus ojos, y en vano su orgullo trataba de contenerlas.

Sentía que el afecto por aquella criatura rebotaba en su alma.

Recordó los abrazos del niño, que el respeto impedía que fuesen más ardientes, y los latidos de su tierno corazón cuando le besaba.

¿Era verdaderamente su hijo?

Entonces tuvo la visión aterradora de los crímenes espantosos que había cometido, si la doble y terrible sentencia por él pronunciada tiempo atrás era realmente inmerecida.

Aquellas cartas..., que probarían su iniquidad... y disiparían sus dudas..., ¿existían?

Un temor invencible paralizaba su voluntad.

No podía dominar el espanto que le causaba la

proximidad de la certeza suprema, tan deseada sin embargo.

Hizo acopio de todo su valor, pero temblaba todavía al acercarse á Fanfán.

Éste le miraba, lleno de respetuoso y profundo afecto, próximo á prorrumpir en una espontánea manifestación de amor.

— Hijo mío..., empezó Jorge.

Pero un grito desgarrador le interrumpió.

Aquel grito venía del piso bajo.

— ¿Qué es eso?, dijo Roberto escuchando.

Una súbita palidez se dibujó en el rostro de Fanfán, mientras que un temblor le corría por todo el cuerpo.

— ¡Dios mío! Si fuese...

— ¿Quién?

— ¡Claudinet!

— ¿Claudinet?, repitió Jorge sin comprender.

— Sí, mi amiguito, á quien usted conoce y á quien prometió usted salvar conmigo. Le veía á usted tan triste, que no me atrevía á recordárselo. Pero fué á buscarle hoy á la calle de la Santé, y pensando que usted no lo tomaría á mal, le hice venir.

— Has hecho bien, añadió Jorge. Pero ¿qué le ha pasado?

— ¡No se oye nada!, dijo d'Alboize que seguía escuchando.

— ¡Vamos en seguida!, exclamó Kerlor.

Y seguido de Roberto y de Carmen, precipitose fuera de la estancia con Fanfán.

## XVIII

### EL SACRIFICIO DE CLAUDINET

Dejamos á Ceferina y Panuffo alejándose apresuradamente del sitio en que descansaba el cadáver de su antiguo cómplice.

La mujer andaba con dificultad, aterrorizada por la visión de su marido.

Parecía que su sombra la perseguía.

Hasta llegó á comunicar su terror á Panuffo, á quien también le parecía que le seguía un fantasma.

Pero éste, menos supersticioso, se imaginó que era alguien que les espiaba de lejos, y se esforzó en reanimar á la sonámbula, haciendo que apretase el paso lo humanamente posible.

Pasada la puerta de Gentilly, iban á meterse por uno de los callejones desiertos y oscuros que desembocan en la plaza de Italia.

— ¡Nos persigue!, volvió á decir Ceferina. ¡Le oigo!.. ¡Le veo!

Panuffo dirigió un vistazo hacia la larga carretera que dejaban detrás y que se perdía en la llanura.

— ¡No, no hay nada! Vamos á beber un trago por el reposo del alma de nuestro difunto. Esto te responderá.

— Sí, no es mala idea. Aguardiente. ¡Mucho aguardiente! Así no pensaré en él, ni veré su fantasma!

— Tomaremos el tranvía en la plaza de Italia. Con la correspondencia llegaremos al parque Monceau antes de la media noche.

— ¿Al parque Monceau?

— Allí es donde vamos. En el camino te explicaré el golpe. Tú no tendrás más que estar de acecho...

¡Alto! Aquí vamos á beber. Hay alguien que me espera. Este es mi café. ¡Cuidado con hablar demasiado!

Entraron en un cafetín inundo, lleno de humo de tabaco, pero tan espeso, que apenas se veía la gente.

Apestaba á tabaco, alcohol y petróleo.

Panuffo y Ceferina brindaron y bebieron aguardiente.

Al poco rato se presentó á Panuffo el hermano de Paulina, con quien estaba citado.

Hipólito, que así se llamaba, no se atrevía á hablar delante de Ceferina.

— Es mi mujer, le dijo Isidoro.

— ¡Casado! ¿Qué va á decir mi hermana?

Saludó cortésmente á la jamona, que no le contestó.

— Esta noche no está de gaita. Se le ha muerto un pariente.

— Recibí tu carta en que me citabas aquí. ¿Se trata de dar algún golpe bueno?

— Sí.

— ¿Hay que ir armado?

— Es indispensable.

— ¡Qué ganga! ¡Con la fama que tengo de ratero, aún no he debutado como asesino!

Entonces Panuffo le explicó el caso: un robo con escalo, con el principal objeto de apoderarse de un paquete de cartas.

— Entonces, ¿para qué es el arma?

— Hay que suprimir á un muchacho, el que tiene las cartas, para impedir que nos delate.

— ¿Sabe tu vida y milagros?

— Justamente. Voy delante con mi matrona; si-guenos luego. Te esperamos en la estación de ómnibus de la plaza de Italia.

El ómnibus de Ivry-les-Halles iba á partir. Ceferina subió al interior, donde no tardó en dormir la mona, y los dos compañeros tomaron asiento en la imperial.

En el Chatelet tomaron la correspondencia para la plaza Wagram.

Y los tres bajaron en las inmediaciones del parque Monceau.

Panuffo examinó, en torno del hotel d'Alboize, los detalles que le había dado *Caracol*.

— Esta es la casa en construcción. Ceferina, á distraer al vigilante.

So pretexto de calentarse, la sonámbula se acercó al vigilante, que fumaba junto á una pequeña fogata.

— ¿No tiene usted domicilio?, le contestó éste.

— Soy criada, y esta noche me han despedido de la casa en que servía.

— ¿Por qué no se va á la fonda?

— No es que me falte dinero, sino que voy á tomar el tren á las cinco de la madrugada, en la estación del Oeste. No valía la pena de acostarme. Prefero beber un trago ínterin llega la hora del tren.

— Todo va en gustos.

— La taberna del lado aún está abierta. Acepte usted un trago, en cambio de dejarme pasar aquí un par de horas.

— ¿Por qué no? Con el frío que hace, no vendrá mal.

— Vamos, pues.

Momentos después, Ceferina y el vigilante brindaban en la taberna.

— El caso es que ya no le oigo ni le veo, dijo Ceferina con cierto desvarío.

— ¿A quién?, le preguntó el vigilante.

Esta pregunta la llamó á la realidad.

— A mi amo, que me ha despedido. A fin de olvidarle del todo, voy á comprar medio litro de aguardiente, que nos echaremos al colete junto al fuego.

— No es mala idea.

Mientras tanto, Panuffo é Hipólito escalaban el hotel, valiéndose de una escalera de los albañiles.

Llegaron á la ventana de la habitación en que dormía Claudinet.

Panuffo abrió la ventana sin hacer el menor ruido.

Iba á cortar un cristal, cuando observó que los maderos de la ventana no estaban más que entornados.

Impaciente, Hipólito empujó una de las hojas, que se abrió haciendo un prolongado chirrido.

— ¡Torpe!, exclamó Panuffo.

Detuviéronse un instante, sin atreverse á respirar y escuchando á ver si el ruido había despertado á alguien.

No oyendo nada, se tranquilizaron.

El ruido, sin embargo, despertó á Claudinet.

Éste, de pronto, no se dió cuenta de lo que le pasaba.

Entonces vió entreabrirse las cortinas de la ventana y dos sombras que penetraban en el cuarto.

Apoderose de él un espantoso terror.

Inmóvil, con la boca y los ojos muy abiertos, petrificado, comprendió que aquellos hombres venían á robar, á cometer un asesinato tal vez.

Y Fanfán dormía en la habitación inmediata.

Así lo creía el pobre muchacho.

Era preciso gritar, pedir socorro.

Pero no pudo articular una palabra.

El terror paralizaba su lengua.

De pronto, uno de los fantasmas habló bajísimo:

— Esto es un salón... Lo registraremos luego. Vamos á lo que más urge. En ese cuarto donde hay luz debe dormir Fanfán.

¡Fanfán!

¡Habían nombrado á Fanfán!

¿Qué le querían, á tales horas, aquellos hombres? Uno de los bandidos apartó la cortina que separaba las dos habitaciones, y la luz le dió en el rostro.

«¡Panuffo!» exclamó para sí Claudinet, reconociendo al ex presidiario, navaja en mano.

¿Quién era el otro?

¿*Caracol*?

No. Éste parecía más bajo.

Claudinet comprendió el proyecto de los miserables.

— ¡Ven!, dijo Panuffo á su cómplice. La cama está en el fondo. No se oye nada. El niño duerme.

— Entonces, las cartas desde luego...

— Y dejar seco al niño después.

Claudinet se estremeció.

Tenía las cartas escondidas debajo de la almohada.

Pero iban á matar á Fanfán.  
Se le ocurrió tocar un timbre, pero no sabía dónde estaban los llamadores.  
Y todo el mundo dormía.  
Aunque los gritos despertasen á alguien, llegarían demasiado tarde para socorrerlos.  
No había lucha posible.  
De pronto, el convencimiento de su propia debilidad le inspiró una idea.  
Había que impedir que los bandidos se acercasen más á su víctima.  
Para esto, no había más que un medio.  
Hacerles creer que Claudinet era Fanfán y que estaba allí, en el canapé.  
La obscuridad favorecía su plan.  
¡Era la muerte segura para él!  
¡Muerte inevitable!  
¿Pero no estaba condenado por los médicos?  
Un par de semanas más ó menos de vida, ¿qué importaban?  
Abreviando el plazo fatal, salvaba á su amigo de muerte segura.  
No vaciló.  
En el momento en que los dos bandidos iban á acercarse á la cama de Fanfán, Claudinet se revolvió en el canapé, gimiendo como en ensueños.  
Los hombres se detuvieron.  
Cayó la cortina.  
La obscuridad volvió á ser profunda.  
— ¿Eres tú, Fanfán?.., preguntó Hipólito en voz muy baja.  
El niño no tuvo fuerzas para contestar.  
Un nuevo pensamiento acababa de cruzar por su mente.  
Era preciso morir sin pronunciar un grito ni un gemido, á fin de evitar que Fanfán despertase y viniese á caer en manos de los asesinos.  
— ¿Eres tú, Fanfán?, repitió muy quedo la voz del bandido.  
— ¡Sí!, pudo articular débilmente el infeliz.  
— ¡Panufflo! ¡El niño está aquí!  
— ¿Eres tú, Fanfán?, repitió Isidoro.  
— ¡Sí!  
— ¿Dónde tienes las cartas que nos quitaste? Devuélvelas á buenas y no te haré daño alguno.  
— ¡No!  
— ¡Cuidado con tu pellejo! ¿Las llevas encima?  
— ¡No!  
— Allí veremos, dijo levantando el brazo armado.  
El niño se irguió en la obscuridad, con un supremo esfuerzo, concentrando todo su pensamiento en un apasionado adiós dirigido á su amiguito, por quien moría.  
— ¡Despacha!, exclamó Hipólito.  
Y Panufflo hundió la navaja en las débiles carnes del pobre mártir, entre los hombros.  
El mismo golpe que, hacía tres horas, había indicado á Ceferina.  
A pesar de su firme resolución de no proferir una queja, Claudinet lanzó un gemido y cayó desplomado en el canapé.  
— ¡Demonio! Habrán oído el grito y van á cogernos en la ratonera.  
— ¡Huyamos!, exclamó Panufflo. Erramos el golpe. Y, efectivamente, huyeron por donde habían venido.  
En el solar inmediato ardía el mismo fuego.  
— No veo al vigilante, dijo Isidoro; Ceferina continuará distrayéndole.  
— Me parece que allí le veo envuelto en su capote y tendido cerca del fuego.  
— Entonces es que le ha emborrachado. Mejor.  
— ¿Y ella?  
— Nos estará esperando por ahí cerca.  
Hipólito, que acababa de hacer un cigarrillo, se acercó á la fogata para encenderlo, en tanto que Panufflo buscaba con la vista á Ceferina.  
— ¿Mecha? ¿Queréis mecha?, dijo una voz bronca que salía de debajo del capote del vigilante. ¡Serás servido, Sr. Hipólito, y tú también, Sr. Panufflo!  
Al mismo tiempo, el borracho se puso de pie, tocó un pito, al que acudieron cinco ó seis guardias de orden público, y cogiendo á Isidoro por el pescuezo, le gritó:  
— ¡En nombre de la ley, date preso!  
En un santiamén, los dos bandidos fueron maniatados y registrados.  
— ¡Vaya usted por dos coches!, ordenó el supuesto vigilante á uno de los guardias.  
Y en tanto que los coches llegaban, dijo á Panufflo que forcejeaba:  
— Si no te estás quieto, Panufflo, emplearé medios que te harán poca gracia.  
— No me llamo Panufflo: soy Jonathán Blascow, ciudadano americano; tengo mis papeles en regla, y no está usted en el derecho de detenerme... No he

cometido delito ninguno. Reclamaré por conducto de mi embajador.  
— Para tonterías, basta ya con las que has hecho esta noche. Has sido denunciado á la justicia esta tarde, á las cuatro.  
— ¿Denunciado? ¿Por quién?



¿Eres tú, Fanfán?, repitió Isidoro

— Por un anónimo, preguntando á esos señores del Tribunal si sabían que te habías escapado de Cayena y que vivías cerca del bulevar de la Glaciere, en el callejón de la Santé.  
«El único que sabía todo eso era *Caracol*,» pensó Panufflo.  
— Teníamos que echarle el guante mañana en tu casa; pero te vi salir esta noche del café con Hipólito, á quien sigo la pista hace dos días, por un atraco cometido la semana pasada en Saint-Mandé; os seguí, y como os cojo en flagrante delito de robo con fractura y escalo, mato dos pájaros de una pedrada.  
Un sudor frío corrió por la espalda del miserable. El agente ignoraba todavía el asesinato. Pero no tardaría en saberlo.  
— ¡Nada he robado!, murmuró.  
— Esa es incumbencia del juez de instrucción. Él averiguará lo que has venido á hacer esta noche al hotel d'Alboize. De todas maneras, basta con lo que nos ha contado Ceferina.  
— ¡Ceferina! ¿La han detenido?  
— Ella misma se ha entregado. Al vernos llegar junto al fuego en que estaba emborrachando á ese pobre vigilante, á fin de dejaros el paso libre, nos creyó al corriente de todo, se echó á nuestros pies pidiendo perdón, y nos contó una porción de cosas sumamente interesantes.  
Panufflo palideció.  
— Te quejas de tu compañero *Caracol*. ¿Qué diría de ti, si pudiese hablar? Mañana se reconocerá la cantera en que arrojaste su cadáver.  
— ¡Ah, canalla! Pero usted sabe que fué ella la que...  
— La que dió el golpe. Perfectamente. Y como la pobre mujer no estaba acostumbrada á operar ella misma, el asesinato de su propio esposo le tiene trastornada la cabeza.  
— ¿Se ha vuelto loca?  
— Poco le falta. Sin embargo, cuenta historias curiosísimas. Por ejemplo, cierto asesinato en la persona del ex alcalde de Moisdon.  
Panufflo estaba lívido.  
El asesinato de Moisdon, el de *Caracol*, el de Fanfán...  
No había medio de salvarse.  
— ¡Estoy perdido!, murmuró bajando la cabeza.  
Llegaron los coches, y los dos bandidos fueron conducidos en ellos á la cárcel.

XIX

PRUEBAS IRRECUSABLES

Cuando Jorge y Fanfán llegaron á la habitación en que éste había dejado á Claudinet, el cuerpo del niño yacía ensangrentado en el suelo, al pie del sofá que le sirvió de cama.  
Fanfán se precipitó sobre él, sollozando y dando gemidos desesperados.  
Jorge se arrodilló junto á Claudinet, poniéndole la mano sobre el corazón, para ver si aún latía.  
El herido movió ligeramente la cabeza.  
— ¿Eres tú, mi Fanfán? Temí morirme sin verte.  
— ¡Morir!, gimió éste sollozando.  
— No llores, añadió el pobre mártir. No sufro. Tengo un poco de frío y nada más. No me hizo

daño. Me dió su famosa puñalada... ¿sabes?, aquella de que hablaba siempre.  
A Fanfán se le erizaron los cabellos.  
— Entonces, ¿tu asesino es?..  
— ¡Panufflo!  
— ¡Panufflo!  
— Él es quien me ha matado.  
— No te ha matado. Vendrá el médico y te curará.  
— No, voy á morir. Lo hice adrede... para que creyese que te mataba á ti.  
— ¿A mí?  
— Sí. Era á ti á quien buscaba. Un paso más y morías... Entonces hice ruido. Preguntóme si era Fanfán, y contesté que sí. Me hizo agachar la cabeza y sentí su navaja que me entraba por la espalda.  
— ¡Ah, por mí! ¡Qué horror! ¡Te has sacrificado por mí!.. ¡Yo tengo la culpa de que vas á morir!  
— ¿Ves cómo me muerdo? Pero ¿qué importa? Los médicos aseguraban que mis días eran contados... Así, al menos, mi muerte habrá servido para algo. Y me alegro de que sirva para salvarte á ti.  
Fanfán no pudo contestar.  
Se ahogaba.  
Kerlor lloraba á su lado.  
Levantóse la cortina y aparecieron Carmen y Roberto.  
En el primer instante, miraron á aquel desconocido cubierto de harapos y de sangre, sin comprender nada.  
— Esta es la buena señora de Moisselles, ¿verdad?, dijo Claudinet al ver entrar á Carmen. ¡Qué hermosa! ¡Feliz tú, que puedes amarla toda la vida!..  
Y añadió, dirigiéndose á Jorge:  
— Usted dispense que viniera sin su permiso. No riña á Fanfán por eso... Pensó hacer bien... porque es usted muy bueno y me hubiera salvado de la deshonra. Esta tarde, con el objeto de tranquilizar á usted, vino á casa... donde usted sabe, á buscar unas cartas... y después de haberlas cogido, tuvimos que escaparnos...  
— ¡Las cartas! ¿De qué cartas hablas, muchacho? interrumpió con ansiedad Roberto, que había salido un instante para enviar á toda prisa en busca de un médico, mientras Carmen desnudaba al enfermo, más pálida que él.  
— No sé... Fanfán... adivinó...  
Las fuerzas faltaron al niño, que cerró los ojos.  
Puesta á descubierto la herida, se estremecieron de horror los circunstantes.  
No había esperanza. La herida era mortal.  
Carmen vertió una gota de cordial en los labios del niño.  
Volvió á abrir los ojos y tuvo para Fanfán una dulce y triste sonrisa.  
— Panufflo vino con el objeto de recuperar estas cartas, dijo el herido con voz muy débil.  
— ¿Y se las llevó?  
— No, aquí las tengo.  
Y metiendo la mano debajo de la almohada, las cogió, dándoselas á Fanfán.  
Éste tomólas de manos de Claudinet, y dijo entre sollozos:  
— En estas cartas se trata del Sr. d'Alboize y de la Sra. Carmen. Supongo que tendrán para ustedes mucho valor, por cuanto aquellos bandidos decían que podían venderlas muy caras.  
Roberto, que había cogido á su vez las cartas, se las entregó á Jorge.  
Éste se había puesto lívido.  
Claudinet agonizaba.  
— No me dejes, Fanfán... Aquí, á mi lado, muy cerca... ¡Me queda tan poco tiempo de verte!  
— ¡No digas eso, Claudinet!  
— Voy á ver á mi madre... allá arriba... Voy donde los niños son felices... Nos separamos otra vez, Fanfán... pero para siempre.  
— ¡Claudinet!  
— Hubiera querido vivir un poco á tu lado... en la honradez... pero Dios no lo ha querido... Dame... la mano... quiero sentirla... ¡Adiós!..  
Tuvo una convulsión y su cabeza se inclinó sobre la almohada.  
El médico, que entraba con el comisario de policía, se encontró ya con un cadáver.  
Fanfán, loco de pena, se arrojó sobre el inanimado cuerpo de su amiguito con desgarradores sollozos.  
En vano Carmen procuraba calmarle con caricias y dulces palabras.  
Jorge y Roberto tuvieron que unir sus esfuerzos al de la joven para arrancar el niño al abrazo estrechísimo que daba al cadáver.  
El cansancio físico fué lo único que pudo interrumpir la expresión de su desesperada angustia.  
Cayó en un sueño profundo, y le transportaron, sin que despertase, á un cuarto inmediato al de Carmen.



En estas cartas se trata del Sr. d'Alboize y de la Sra. Carmen

Durmió hasta muy entrado el día.

Al despertar, el sol daba alegremente en los cristales de su ventana.

Miró en torno suyo, jovialmente impresionado por aquel tiempo hermoso.

De pronto recordó todo lo de la víspera y sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, mientras que un atroz remordimiento le oprimía el corazón.

Claudinet había muerto dando la vida por él.

Fanfán se vistió á toda prisa y corrió otra vez al lado del cuerpo inanimado de su amigo, reprochándose como un crimen las horas que el sueño le había abatido.

Al entrar en el cuarto mortuario, vió sentado junto al cadáver y con la frente apoyada en las palmas de las manos al conde de Kerlor, que lo había velado toda la noche.

A su lado, sobre una mesa, se hallaban dispersas las cartas que Claudinet había entregado antes de morir.

Jorge levantó la cabeza, atrajo á Fanfán hacia sí y le estrechó en sus brazos con una especie de furor salvaje:

— ¡Hijo mío! ¡Eres mi hijo!..

— ¡Padre!, murmuró Fanfán, cubriéndole de besos.

¡Ah! ¡Mi pobre Claudinet tenía razón!

Jorge le indicó el cadáver tendido en una camita blanca, cubierta de flores:

— ¡Ora por él, ora por nosotros, hijo mío!

Al pie y á la cabecera de la cama ardían cuatro cirios en grandes candelabros de plata.

Sobre el pecho del niño y entre sus manos juntas habían colocado un crucifijo de marfil.

Fanfán depositó un tierno beso en la helada frente de su amigo.

Se arrodilló sollozando y murmuró una plegaria, la única que sabía, la que le hacía repetir todas las noches en Moisselles la «buena señora.»

Jorge volvió á caer en su profunda meditación ante la colección de cartas.

Gruesas lágrimas rodaban por su rostro.

Pensaba que era Fanfán el que había recuperado aquellas pruebas de la inocencia de su madre y de lo injusto de su bárbaro castigo.

Pero al mismo tiempo que pensaba en los inocentes, en los mártires, Jorge pensaba también en los culpables, en aquellos á quienes debía el eterno remordimiento de su ciega venganza.

Su orgulloso é implacable carácter le gritaba que aquel crimen, de tan terribles consecuencias, había de ser castigado.

Había leído una por una todas aquellas cartas.

Cada línea proclamaba el adulterio de su hermana y la mancha de una Kerlor.

Pero la desgracia modifica al hombre, porque, á pesar de aquellos crímenes, que en otra época hubiesen enrojecido su frente y despertado la rabia en su corazón, invadió poco á poco el alma de Jorge un sentimiento extraño y desconocido.

A medida que leyó aquellas páginas, que expresaban en términos ardientes el santo afecto de Carmen por el oficial, la sinceridad y la violencia de su amor materno cuando hablaba de su Marcelino; á medida que pensaba en las luchas cuyas dolorosas peripecias refería, entre un deber abrumador para con un marido odiado y su invencible ternura por el esposo de su corazón; cuando pensaba en aquel naufragio, cuyas angustias le recordaba ella, y en el que parecía que el mismo Dios la había destinado á su salvador, apoderábase de Jorge una duda.



Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros...

Si había alguien á quien acusar y maldecir, ¿no era al destino?

¡Pobre hermana!

En aquel momento abrióse la puerta del cuarto,

sin que el ruido distrajese á Fanfán de su oración.

Kerlor levantó la cabeza.

Tenía delante á Carmen y á Roberto.

Encendidos los ojos y pálido el rostro, iban en traje de viaje.

Acercáronse á su hermano.

— ¡Jorge!, dijo Carmen con voz quebrantada por la emoción. Partimos. Nos vamos de Francia. No te impondremos nuestra vergonzosa presencia. ¡Adiós!.. Telegrafiamos á Elena, que volará á tu lado. Dile que procuraremos expiar, con la pena que nos causa separarnos de vosotros, todo el mal que os hemos hecho.

Y arrodillándose ante Kerlor, con la mano en la de su marido, que hincaba también la rodilla, ambos murmuraron:

— ¡Perdón!..

Hubo un corto silencio.

En aquel instante la voz de Fanfán, que seguía orando, resonó en la cámara mortuoria:

«... Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores...»

Y la voz de aquel niño que, siendo inocente, había sufrido tanto y aún parecía implorar el perdón, penetró en el alma de Jorge como un rayo de luz celestial.

Su corazón estalló en un inmenso sollozo.

Tendiendo ambas manos á Roberto y á Carmen, les levantó con violencia para recibirlos amorosamente en sus brazos.

— ¡Quedaos! ¡Veis ya que uno de los dos mártires perdona!

— ¡Y la otra también!, exclamó detrás de ellos una voz ahogada por la emoción.

Era Elena que, puesta al corriente de todo por un extenso telegrama de Roberto, había acudido precipitadamente, loca de alegría.

Pasando por encima de todas las conveniencias usuales, no dió á los criados del hotel el tiempo de anunciarla.

Al llegar á la puerta de la estancia en que estaban reunidos los suyos, la emoción paralizó sus fuerzas. Agarróse á la cortina para no caerse... y le bastó un segundo para hacerse cargo de lo que pasaba.

Los circunstantes dieron un grito de sorpresa.

Jorge corrió hacia su esposa y la recibió en sus brazos, al mismo tiempo que Fanfán se precipitaba sobre el pecho de su madre.

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

PRODUCTOS INDUSTRIALES

QUE SE EXTRAEN DE LA MADERA

Obtiénense actualmente de las diversas esencias de madera, productos análogos á los que se obtienen por la destilación de la hulla. Cuando se destila madera, se desprende primeramente el vapor de agua procedente de la humedad de la materia; después sale al principio un producto pardo, el alquitrán de madera, que se va aclarando á medida que la operación toca á su fin, constituyendo entonces lo que se llama ácido pirolignoso. Esta última substancia, recogida aparte y tratada por la cal destilada y rectificada, produce el alcohol de madera ó metílico, que se emplea mucho en la industria de las materias colorantes. El residuo de la operación es un acetato que se convierte en acetona y que sirve para la fabricación del cloroformo y del yodoformo.

Simultáneamente con estas operaciones se puede obtener el ácido acético tratando por los ácidos el pirolignito de cal: este producto se obtiene también directamente por medio de la fermentación y aun mejor de la destilación. Los usos del ácido acético en la industria y en las artes han llegado hoy en día á ser tan importantes, que se recurre para su fabricación á los pirolignitos de cal brutos que en grandes cantidades se importan de la América del Norte y de Rusia.

El tratamiento del alquitrán de madera por el sistema de destilación fraccionada permite separarlo en una porción de productos, tales como el ácido pirolignoso, el alcohol de madera y la creosota. Sabido es que esta última se utiliza mucho en la industria, sirviendo principalmente para inyectar los postes telegráficos y las traviesas de ferrocarril á fin de asegurar la conservación de los mismos.

Finalmente, aparte de estos productos, resultantes

todos de la destilación, merece mención especial el empleo de la madera para la fabricación del papel. La pasta de madera, de la que tanto uso se hace actualmente, se fabricaba antes mecánicamente; en la actualidad, el procedimiento mecánico va siendo reemplazado por el procedimiento químico, que ha tomado gran vuelo especialmente en América y en Suecia. Los agentes químicos más generalmente usados son la sosa y el bisulfato de magnesia, que permiten obtener económicamente una celulosa de notable pureza. Las esencias que mejor se prestan á la fabricación de la pasta química son el pobo y el pino.

La industria de la pasta de madera cuenta actualmente en Suecia con 124 fábricas que dan ocupación á más de 6.000 obreros y que producen 336 millones de kilogramos de pasta. En esta enorme cifra la pasta química representaba en 1898 el 70 por 100 de la producción total. - S.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE APIOL LOS DE JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 CAPSULAS DE APIOL LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
 con **PEPTONA**  
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.  
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE  
**al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito  
 El más eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

**Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>a</sup>d de F<sup>is</sup>a de París  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*; la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**LA HARINA MALTEADA VIAL**  
**AUTODIGESTIVA**  
 es la única que se digiere por sí sola  
 Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.  
 PARIS, 8, Rue Vivienne.  
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS

EL APIOL de los D<sup>os</sup> JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

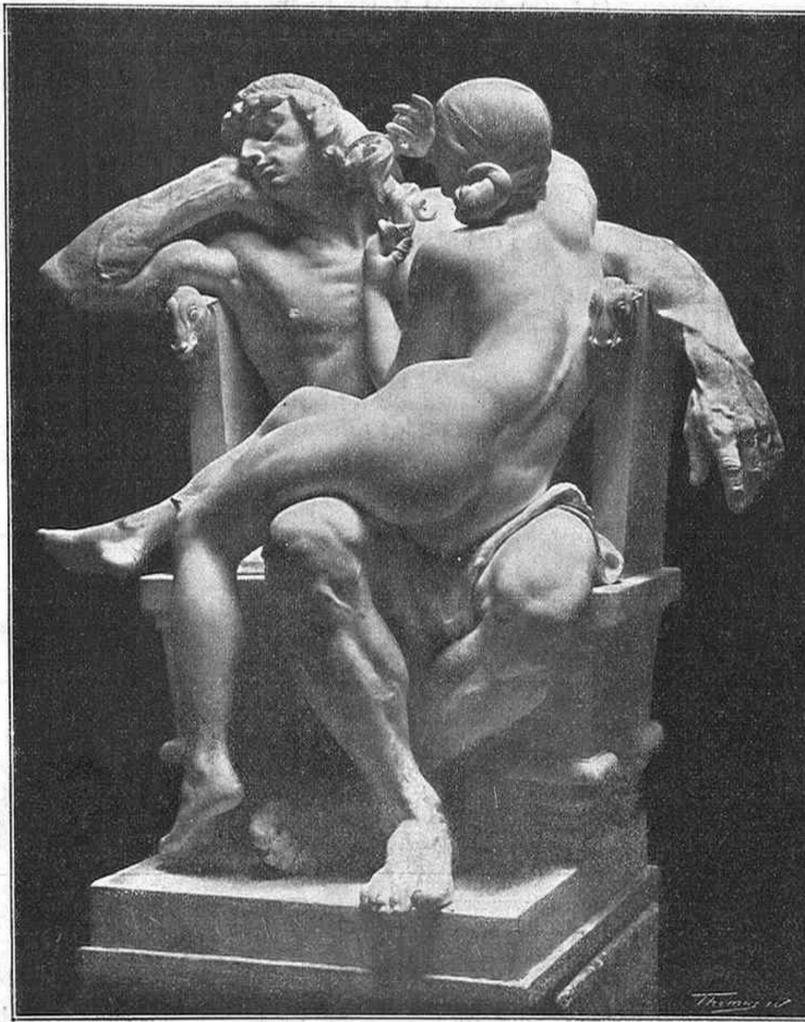
## LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DIAGNÓSTICO DE LOS CÁLCULOS RENALES POR LOS RAYOS ROENTGEN, por César Comas y Llaberia y Agustín Prió y Llaberia. - En el número 968 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dedicamos un artículo á los excelentes trabajos radiográficos de los Sres. Comas y Prió, distinguidos médicos de esta ciudad y correspondientes de la Real Academia de Medicina y Cirugía. Dichos señores han publicado recientemente el folleto que nos ocupa y que es un notabilísimo trabajo médico, en el cual demuestran su competencia en la materia y las inmensas ventajas que la aplicación de los rayos Roentgen presenta para el diagnóstico de los cálculos renales. El folleto ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y compañía en comandita.

LA CENCERRADA, por V. Blasco Ibañez. - El envidiable puesto que en el mundo literario se ha conquistado el escritor valenciano Sr. Blasco Ibañez es la mejor recomendación de sus obras, que se distinguen por el vigor de su acción dramática, por el realismo de buena ley que en ellas impera y por el lenguaje pintoresco que las avalora. Inspirados casi todos ellos en asuntos de la región en que el autor ha nacido y vivido, sus cuentos y sus novelas son reflejo fiel de lo que sus ojos han visto y de los sentimientos que en sus conterráneos tan perfectamente ha sabido observar: sus personajes viven vida real y sus descripciones hacen surgir á los ojos del lector con todo el relieve de la verdad la escena por el novelista descrita. Estas cualidades se admiran una vez más en *La cencerrada*, que junto con una bonita narración, *La apuesta del Esparrelló*, forman el tomo XIII de la «Biblioteca Mignon» que publica con tanto éxito en Madrid el Sr. Rodríguez Serra. El elegante volumen, que lleva bonitas ilustraciones de Francisco de Cidón, se vende á 75 céntimos.



ASTUCIA Y FUERZA, escultura de A. Alsina, premiada en la Exposición de París

LA LUZ, EL SONIDO Y LA MÚSICA, por Enrique Sánchez Torres (Antonio). - Sobre estos tres temas tan interesantes ha escrito una serie de consideraciones, muy dignas de ser leídas y meditadas, el conocido publicista Sr. Sánchez Torres, que firma con el seudónimo de Antonio. Las teorías en el libro sustentadas se ajustan por completo á los principios que la Iglesia proclama, armonizados con los de la ciencia, resultando de ello una obra interesante. El libro ha sido impreso en Barcelona en la tipografía «La Económica.»

LITERATURA ARGENTINA, por Juan M. Contreras. - El catedrático de la asignatura Literatura Argentina en el Colegio Nacional de San Juan (República Argentina) ha ajustado esta obra al programa que para aquella rige en los colegios nacionales de aquel país. El libro responde perfectamente á su carácter didáctico y es una verdadera historia de la literatura argentina; abunda en ejemplos tomados de los mejores autores y en observaciones críticas en extremo oportunas; al final del mismo se inserta un interesantísimo bosquejo del movimiento literario en los pueblos americanos del habla castellana. La obra ha sido impresa en San Juan, en la tipografía La Patria.

## PERIÓDICOS Y REVISTAS

*La Opinión Postal y Telegráfica*, revista barcelonesa que se publica tres veces al mes; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *La Práctica de Farmacia*, revista quincenal barcelonesa; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual que se publica en Villanueva y Geltrú; *Idearium*, revista quincenal granadina de Literatura y Arte; *El Pensamiento Latino*, revista internacional latino-americano-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en Lima; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES

FUMOUZE-ALBESPEYRES  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D<sup>r</sup> DELABARRE

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**VINO AROUD**  
**CARNE-QUINA-HIERRO**  
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR  
prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.*  
102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

ENFERMEDADES  
DEL  
**ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTO y MAGNESIA  
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á  
LAS SEÑORAS  
EL ANIOL DE LOS  
JORET-HONOLLE  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
FR<sup>o</sup> BRIANT 150 R. RIVOLI  
PARIS  
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MEDALLA DIPLOMA  
DE FABRICA  
**HARINA**  
LACTEADA  
**H. NESTLÉ**  
ALIMENTO COMPLETO  
PARA NIÑOS  
Y PERSONAS DEBILITADAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO  
**Pepsina Boudault**  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
DISPEPSIAS  
GASTRITIS - GASTRALOIAS  
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
FALTA DE APETITO  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR** de PEPSINA BOUDAULT  
**VINO** de PEPSINA BOUDAULT  
**POLVOS** de PEPSINA BOUDAULT  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.